Mundo Argentino



Las grandes actrices: VILMA BANKY

Nº 900

En este número:

DENTRO DE TREINTA AÑOS, NINGUNA MADRE AMAMANTARÁ A SUS HIJOS. - **¿Debe la mujer declararse al hombre?** - **Federico Dickens, el fabricante de atletas argentinos**



Don Fermín

por Dante Quinterno















UNA HORA DESPUES.











SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES

Mundo Argentino

LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA EN LA AMERICA DEL SUR

Redacción y Administración: RIO DE JANEIRO, 262
U. T. 60 Caballito, 1021, 1022, 1023
Dirección Teleg.: "Senyah"

Oficina Central para Avisos y Subscripciones
AV. ROQUE SAENZ PEÑA, 651, 1er. piso
Unión Telefónica 38, Mayo, 2031 y 2032
BUENOS AIRES



REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR. — En Inglaterra: E. J. Parker, Ltda. 429 Strand. Londres, W. C. En los Estados Unidos: S. S. Koppe y Cía., Inc. Times, Building, Nueva York.

AVISOS DEL EXTERIOR.—Se aceptan avisos de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AÑO XVIII — BUENOS AIRES, ABRIL 18 DE 1928 — NÚM. 900

Notas de la semana

Queremos y necesitamos hombres, y no palabras, en los inútiles congresos internacionales

Sea cual fuere el resultado de la Conferencia Internacional de Emigración de La Habana, no debe preocupar a nuestro país. Siempre hemos sido escépticos acerca de la obra desarrollada por esos pomposos congresos y las no menos ampulosas conferencias, donde aún se oye la voz imperiosa de las naciones fuertes llamar a la obediencia a las débiles.

Esta de la migración no se diferencia de las otras, y la Argentina ya debiera estar escarmentada, renunciando a concurrir a las asambleas donde se rinde homenaje a la jerarquía y donde algunos Estados se arrogan el papel de amos frente a servidores obedientes.

No necesitamos, para nuestra grandeza, otra cosa que habitantes. Tenemos riquezas inmensas en las entrañas de la tierra; campos feraces ilimitados. Estimamos a los pueblos laboriosos y sanos, y estamos complacidos de que el pasado año llegaran al país 66.610 italianos y 29.702 españoles, gente que, dentro de poco, estará incorporada a nuestra tierra y a nuestras modalidades. ¿Qué más queremos? ¿Escuchar en los congresos la pérfida voz de los que han cerrado sus puertas al inmigrante o la de quienes no quieren dejarlos salir? Nada de eso interesa a los campos desiertos, sino: ¡hombres, hombres y más hombres!

Por simple desidia de nuestros gobiernos, Inglaterra desconfía de la carne argentina

La aftosa de las vacas argentinas es el tema obligado de las discusiones en Inglaterra. El asunto lo llevó lord Bledisloe, después de haber visitado nuestras estancias, y la verdad es que ha inquietado a todos los hacendados del Reino Unido, que ven el peligro en la introducción de reses enfermas y sueñan con la difusión del contagio.

La aftosa argentina ocupó al Parlamento británico con disertaciones defensivas; entretuvo al gabinete; descendió a la tribuna periodística y se extendió por todos los círculos comerciales. A estas horas pesa sobre nuestras carnes una impresionante excomunión, que se traduce en un repudio absoluto.

Lord Haldane, por ejemplo, delata la negligencia del gobierno argentino, que, sin adoptar ninguna clase de medidas para combatir la enfermedad, pretende continuar el embarque de carnes, creyendo que el control, recientemente decretado, y que se hace efectivo en las estancias por medio de veterinarios, no es suficiente para infundir confianza.

Desgraciadamente, los ingleses tienen razón. Nos constituímos en expendedores y carecemos de la responsabilidad y de la nobleza del buen vendedor. Si podemos "clavar", "clavamos", aunque el crédito del país sufra y un buen día nos cierren los mercados, como ocurre en la actualidad.

Fiestas de beneficencia... ¡para quienes las organizan!

Existe en nuestro medio una industria pintoresca, alegre y productiva: la de organizar festivales con fines de beneficencia. Con propósitos tan altruístas, tan cristianos como los de brindar ayuda material a los pobrecitos pobres, es natural que sean muchos los seres humanitarios que se vean atraídos por esta caritativa actividad.

Pero los tales beneficios, cuyo anuncio sorprende la buena fe de nuestros diarios, no extienden las ventajas pecuniarias de sus resultados a las gentes necesitadas. El dinero así recaudado queda, la mayoría de las veces, en los bolsillos insondables de las organizadoras. Los pobrecitos pobres no se quejan, porque, en verdad, sólo existen en la imaginación frondosa y utilitaria de las supuestas "damas".

Nuestra justicia y, ocasionalmente, nuestra policía, deberían tomar cartas en este asunto. Es, entre los innumerables métodos de esquilmar a la buena gente, uno que merece doblemente una sanción condenatoria y una persecución sistematizada; lo es porque se trata de una evidente estafa y porque tal estafa se efectúa invocando los sagrados sentimientos de la caridad.

Las escuelas están llenas de textos; pero la Historia Argentina, ¿dónde está?

La nación necesita también, como la provincia de Corrientes, que acaba de encomendar la narración de su historia a un investigador, la recopilación fidedigna y sin debilidades de los hechos históricos.

—¿Cómo?—se preguntará.—¿Es que no hay cien textos de historia nacional? Textos de historia, en su sentido estricto, no los hay. Porque las historias que nos endilgan están plagadas de servilismos, de literatura y de inexactitudes. Milagro es que todos los políticos, gobernantes y generales hayan sido geniales, honrados, y que uno solo fuera un monstruo. La historia se escribe con la disparatada intención de servir al patrioterismo, antes que a la justicia y a la exactitud de los hechos.

Y es preciso volver a escribir la historia. Pero no sólo la historia de los gobernantes y de sus guerras. La de los gobernados también, con sus luchas y trabajos para llegar a la conquista del bienestar: engrandeciendo éstos y justificándolos; obscureciendo aquéllas y condenándolas. Señalando errores y haciendo justicia a malvados y a dignos. Si la historia sirve para algo, es solamente como norma para los que vendrán. Su juicio, entonces, debe ser severo, no encomiástico: así el perverso podrá temblar ante la condena de la posteridad.

Con impuestos a la yerba extranjera no se logrará beneficiar la propia

El informe de los yerbateros de Misiones, presentado al gobierno nacional, refería el estado desastroso de la industria yerbatera y su probable desaparición, si el Poder Ejecutivo no procuraba los medios para evitar su desplazamiento por las marcas extranjeras.

Este estado de cosas provocó una reacción saludable. Por todas partes se habla de la rehabilitación de la yerba nacional merced a una campaña que se emprenderá en toda la república, a fin de convencer a los consumidores de que la mayor parte de la yerba, que aparece como procedente del Brasil o Paraguay, es argentina, y que la peor de todas es la que proviene de otro estado sudamericano. Todo el desprestigio que ha caído sobre la yerba argentina, no sería, pues, otra cosa que una burda confabulación de ciertas casas introductoras, para obligar al consumidor a pagar más caro el producto.

Con idéntico propósito se ha pedido al gobierno un impuesto a la yerba, destinado a costear la propaganda del producto argentino en el exterior. Con suma habilidad se toca el amor propio nacional, para que consienta un impuesto patriótico. No nos convencen. La propaganda que la paguen quienes se benefician, que son los productores.

Contradicciones democráticas del gobierno sanjuanino

Por primera vez en la historia de nuestra democracia, la mujer argentina ha concurrido a los comicios en calidad de electora, sueño ideal o utopía conquistada sin esfuerzo en una lejana provincia andina. Son ellas las mujeres sanjuaninas que, en número mayor al de los hombres, se inscribieron en los padrones de aquella provincia, apenas otorgado el voto por imperio de la nueva constitución.

El acontecimiento merece señalarse, porque involucra un progreso notable en nuestras prácticas cívicas, tanto como en la posición particular que adquiere la mujer ante el derecho. El suceso, empero, considerable en sí mismo, no lo es si lo relacionamos con el medio en que se produce, por primera vez entre nosotros. Y no lo es, porque tampoco San Juan es un modelo de escuela democrática o de pureza cívica, pese a las apariencias y a la política de etiqueta obrerista que desarrollan los hombres que allí gobiernan.

Muy mal se aviene esta concesión democrática, con ese otro acto imperioso y desaprensivo de la justicia sanjuanina, sumisa ejecutora de la voluntad gubernativa, que acaba de dictar sentencia bárbara, condenando a los periodistas por supuesta incitación contra la vida del presente mandatario.

> **Los altos ideales y toda esa jerga de pura fantasía política nos servirá, si acaso, para los trances extraordinarios, que son los menos; pero para los sucesos menudos, que son casi el todo, la gruesa artillería constitucional es contraproducente. Pertrechados con los grandes ideales para la vida ordinaria del país, estamos como aquel que se fué al Chaco llevando un rifle de repetición para los tigres, y que, sin haber visto uno solo, se volvió, corrido por los mosquitos, los tábanos y la dispepsia.**
>
> AGUSTÍN ÁLVAREZ.

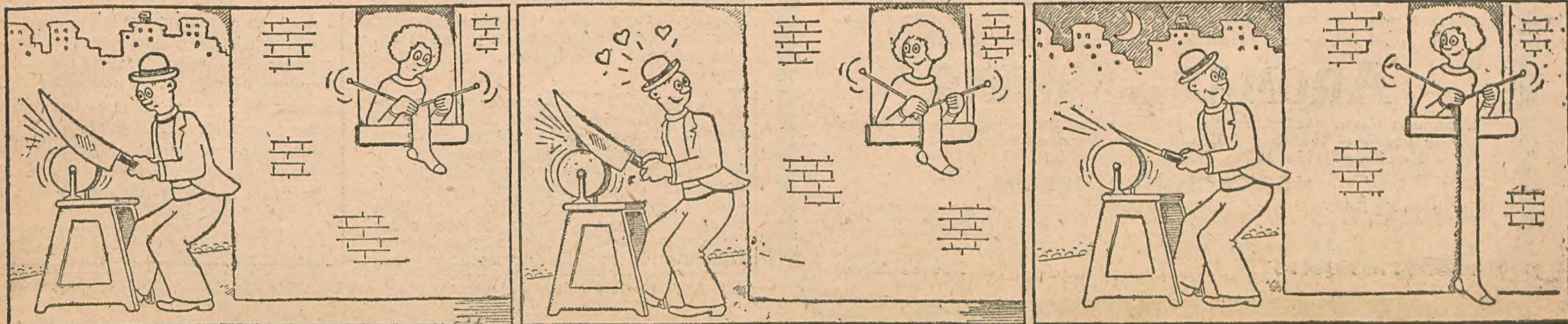
Chaco y Misiones son nuestras tierras malditas

Creíamos que únicamente había una tierra maldita en el país: Misiones, el infierno del "mensú". No es tan sólo Misiones martirio y sepulcro del obrero. En el Chaco existe otro foco vergonzoso, de lesa humanidad.

Los obrajes del Chaco argentino señalan idénticos métodos, parecidas crueldades. Las víctimas siempre son los desdichados aborígenes, piltrafas sin personalidad, forzadas a las más torpes bajezas, con tal de poder existir.

La falta de brazos decidió a los contratistas a echar mano de los indios, como en las centurias pasadas se echaba mano de los cimarrones para los menesteres brutales. En el carácter de bestias, más oprimidas que las de carga, más ruda y ferozmente tratadas que las reses salvajes, actúan los indios chaqueños en los obrajes atraídos y pervertidos mediante el alcohol.

CUANDO "AFILA" EL AFILADOR



El auge de la "guarangada" callejera

Por Potrasio Lucero

DE cuando en cuando, un suelto periodístico señala a la consideración del desprevenido lector, el auge de la procacidad callejera en nuestra ciudad. Una vez señalada, se advierte en los susodichos sueltos la facilidad con que nuestras autoridades policiales podrían, si no remediar, por lo menos atenuar en buena parte el mal. Con esto parecería que tales autoridades se dieran a la tarea preventiva que se señala o indica como conducente a ese fin. No sucede así, sin embargo. Las autoridades, chicas y grandes, se desentienden del asunto acaso convencidas de que su misión en el mundo es muy superior a esa...

La verdad de los hechos no es otra que la puesta de manifiesto una y otra vez por los sueltos periodísticos a que nos hemos referido. La procacidad callejera en la ciudad de Buenos Aires aumenta día a día a favor de la evidente incultura de todas las grandes aglomeraciones cosmopolitas y del estado psicológico — moral, — por que atraviesa el mundo. (No escapa a ninguna persona medianamente enterada de la época que vivimos, el descenso general de la cultura popular.)

En los pasados días de "propaganda electoral", precomicial, ha sido fácil comprobarlo. Las pasiones estuvieron libres, para una mayoría, sin el pequeño freno que habitualmente las sujetan, y las ocasiones fueron muchas para probar, de una manera indiscutible, las fallas culturales que soportamos.

Gritos aislados o coreados, gruesas palabrotas de carrero en trance de mover sus caballos a fuerza de rebenque e interjecciones, ademanes obscenos, conversaciones en voz alta, en lugares públicos — calles, plazas, tranvías, trenes, — sobre temas indecorosos, etc., etc., nos cruzan el paso a cada instante. Salir a la calle en compañía de señoras o de niños, significa ya, en Buenos Aires, exponerse a oír y ver cuantas cochinadas puede imaginarse el más indecoroso de nuestros habitantes. En el tranvía y en la calle no se respetan actualmente, ni las cabezas encanecidas de las abuelas ni la santa inocencia de los niños. Los "guarangos" — convertidos en legión, — sueltan sus lenguas de trapo sucio sin reparar en nada, y las acompañan, pareciéndoles poco, con el ademán, la postura, el empujón y el atropello.

> La "guarangada" que hace unos años quedaba como avergonzada de sí misma, refugiada en los suburbios, irrumpe ahora en todas partes y ya no estamos seguros de ella ni en el teatro, ni en el café, ni en el Congreso, ni en la policía, ni en nuestra misma casa, pues es un probable "guarango" el acomodador, el boletero y el actor teatral, el mozo y el lustrabotas del café, el ordenanza y el señor diputado en el congreso, el agente y el comisario de policía, el proveedor y el sirviente de nuestra propia casa. La "guarangada" triunfa, la soportamos todos y vamos con ella prendida a los talones, permitiendo que nuestra ciudad vaya adquiriendo por momentos la característica primordial de una "ciudad de guarangos".

Algunos viajeros y muchos extranjeros pusieron por aquí en circulación la buena noticia de que, en determinados lugares del mundo, la vida moderna, rápida, frenética, "neosensible", arrasó con los hábitos sociables de respetar al prójimo, y que es "muy práctico" llevarse a todos por delante, a codazos y patadas. Como las malas costumbres del universo son sumamente fáciles de adoptar en ciudades infectadas de extranjeros como la nuestra, no se demoró en poner en práctica aquí la yanqui modalidad de caminar en línea recta aunque se moleste a media humanidad, quitar el lugar a quien lo tuviese por orden de prioridad, arrebatar el asiento a una dama o a un viejo, hacer prevalecer la agilidad de las piernas y las manos, a toda otra consideración de sociabilidad.

Las buenas costumbres se van de esa manera, día a día, perdiendo y quedan en su lugar, para reemplazarlas, las malas, adquiridas, como una gracia, de no importa dónde y por quiénes.

La "guarangada" que hace unos años quedaba como avergonzada de sí misma, refugiada en los suburbios, irrumpe ahora en todas partes y ya no estamos seguros de ella ni en el teatro, ni en el café, ni en el congreso, ni en la policía, ni en nuestra misma casa, pues es un probable "guarango" el acomodador, el boletero y el actor teatral, el mozo y el lustrabotas del café, el ordenanza y el señor diputado en el congreso, el agente y el comisario de policía, el proveedor y el sirviente de nuestra propia casa. La "guarangada" triunfa, la soportamos todos y vamos con ella prendida a los talones.

LA procacidad callejera a que nos referimos — sin excesos de timoratos y atentos solamente a la cultura media de nuestra ciudad — debe y puede ser remediada inmediatamente por las autoridades policiales. (Claro está que será necesario comenzar por llevar a la policía hombres cultos y quitar de ella a los "guarangos" que también la infeccionan.) Las autoridades policiales, desde las más altas a las más bajas, aprenderán a entender que su misión no es pura y simplemente la de cuidar el tráfico, encauzar o disolver "manifestaciones", y perseguir—cuando encuentran la pista, — a los delincuentes. Su misión también comprende el cuidado del ciudadano para obligarlo, en los casos necesarios, a cumplir con la ley y las ordenanzas. Leyes y ordenanzas que existen en abundancia, olvidadas las más de ellas, por el desuso. Con un poco de tiempo disponible cualquier amante de las cosas viejas podría, sin mucho esfuerzo, compilar las ordenanzas que, desde la época colonial hasta la fecha, solamente en nuestro país, se han dado a publicidad atentas a la higiene moral de la ciudad. Recordamos ahora — y lo transcribimos a puro título de curiosidad, — un decreto dado por el gobernador Martín Rodríguez y su ministro Bernardino Rivadavia, con fecha 31 de octubre de 1821, que decía así:

"Para cortar la licencia con que se conducen en las plazas públicas, tanto los revendedores establecidos en ellas como los que proveen diariamente el mercado con toda clase de comestibles, el gobierno ha acordado y decreta lo siguiente:

"1º El Regidor, fiel ejecutor, intimará a todos los revendedores y proveedores en las plazas de la ciudad, se abstengan de proferir las palabras obscenas con que insultan la decencia pública.

"2º El Regidor, fiel ejecutor, destinará diariamente los subalternos de su departamento a celar el cumplimiento de lo que se prescribe por el artículo anterior.

"3º El Regidor, fiel ejecutor, queda facultado para imponer a los contraventores la pena que se establece por el artículo siguiente:

"4º El que contraviniese, justificado el hecho con la exposición de dos testigos, será penado con proporción al exceso, prohibiéndosele uno o más días hasta el número de treinta.

"5º En caso de reincidencia, producida una información más formal, se dará cuenta al gobierno, el cual dictará la pena competente hasta la de prohibición absoluta de concurrir al mercado.

"6º Queda igualmente sometida la ejecución de este decreto en la parte que le corresponde al Regidor, juez de policía — (firmado) Rodríguez — Bernardino Rivadavia."

COMO se ve, hace ya más de cien años se le planteaba el problema de la procacidad al gobierno, y éste lo resolvía en forma sencilla, y, sin duda, práctica. Bien es verdad que entonces los que "insultaban la decencia pública" eran solamente los revendedores y proveedores de la plaza, y que ahora son ellos y muchísimos más. Pero no es menos cierto que el "Regidor" actual dispone de más subalternos y de mayores medios de vigilancia y represión...

EL BUEN SENTIDO

No es menester que, en nuestras conversaciones ni en nuestros escritos intervenga con exceso la imaginación. Frecuentemente, la fantasía no produce más que ideas quiméricas y pueriles, que no sirven para perfeccionar el gusto y hacernos mejores; nuestros pensamientos deben surgir bel buen sentido y la recta razón, y ser un efecto de nuestro juicio.

LA BRUYÈRE.

El sacrificio del hermano

Por Luis Castelló

EN casa considerábamos a Jacinto como si ya fuera de la familia. Prometido de mi hermana Isabel, estaban en lo mejor del noviazgo. Sólo esperaban que llegara fin de año para casarse, y vivían en ese período dichoso en que aún viven las ilusiones y solamente se presiente la realidad.

Pero tres meses antes de vencer el plazo que los enamorados se habían fijado, Jacinto pareció preocuparse hondamente. Perdió de súbito aquel carácter jovial, franco y risueño que era su principal atractivo, y tornóse, aun para con nosotros, un tanto huraño y reservado.

Tanto mi hermana como yo tratamos de inquirir los motivos de aquel cambio tan brusco y tan completo, pero cada vez que le insinuábamos algo, Jacinto parecía despertar sobresaltado, como si una pesadilla lo dominara. Un chispazo fugaz iluminaba sus ojos con el fulgor de antes, su rostro adquiría la antigua y alegre expresión, pero aquel destello no tardaba en extinguirse, sumiendo a nuestro amigo en el más profundo abatimiento.

Fué entonces que pasó dos días sin aparecer por nuestra casa. Temiendo alguna repentina indisposición, averiguamos en la casa en que trabajaba, y allí nos contestaron que Jacinto se hallaba en uso de una quincena de vacaciones que había solicitado alegando motivos de salud.

Esta actitud de Jacinto para con nosotros no podía menos que mortificarnos; sin embargo, aún fuí a la casa en que vivía, pero allí no supieron tampoco informarme satisfactoriamente. Entonces decidimos no proseguir las averiguaciones y esperar los acontecimientos.

Como transcurriera sobradamente la quincena de licencia y Jacinto aún no apareciera por nuestra casa, ya vivamente ofendidos por tan incorrecto proceder, decidimos nuevamente averiguar su paradero, y ¡cuál no sería nuestro asombro al enterarnos que Jacinto había regresado a Buenos Aires, casado!

El disgusto que aquel grosero engaño produjo en nuestra casa no es para descripto. Isabel cayó enferma de cuidado, y yo furioso, quise dar su merecido a aquel canalla que tan vilmente se había burlado de nosotros.

Sin pérdida de tiempo fuí a la casa que el nuevo matrimonio habitaba. Llamé, y pocos momentos después me abría la puerta una mujer joven, quizá bella, mal envuelta en un kimono de seda, sucio y ajado, y calzada con unas zapatillas viejas que arrastraba perezosamente. Completaba su raro aspecto un maquillaje escandaloso y arbitrario. En su mano derecha tenía una larga boquilla de nácar con un cigarrillo perfumado. Yo creí haberme equivocado de casa.

—Señorita —dije,— tal vez me han informado mal... Buscaba a un señor Jacinto Solano y...

Me interrumpió con una risita intempestiva, y con un gesto extrañamente familiar exclamó:

—¡Sí!: es aquí nomás, m'hijo! Pase, qué en seguida lo llamo.

Sin poder ocultar mi asombro, entré. Ella salió arrastrando escandalosamente sus chancletas. Un instante después, se abrió una puerta y Jacinto apareció delante de mí.

—¡Usted, Raúl! —exclamó apenas me vió.

—¡Sí; soy yo! —contesté con violencia, sintiéndome exacerbado ante la presencia del falso amigo. —Soy yo, que vengo a exigirle una satisfacción por su innoble conducta.

Dibujo de Biondini



—¡Sí; es aquí nomás, m'hijo! Pase, que en seguida lo llamo...

> No nos explicamos, a veces, algunas acciones aparentemente repudiables y envolvemos al autor de ellas en el más profundo desprecio, cuando luego descubrimos la causa de esos actos y vemos cuán equivocados estábamos, pues donde suponíamos un brutal egoísmo, no había más que sacrificio.

Una extraña mirada iluminó los azules ojos de Jacinto, quien, bajando los brazos con desaliento, dijo lentamente:

—¡Tiene usted razón! ¡He sido un canalla! Puede usted escupirme en el rostro o abofetearme; ¡lo merezco! —Y luego, con un tono suplicante que ponía un extraño temblor en su voz varonil, continuó: —Pero le ruego que no me pida una explicación que no puedo dar, y que usted ahora tampoco podría comprender.

—¿Su esposa? —pregunté.

Una sonrisa indefinible cruzó por sus labios.

—¡Ya la vió usted! —dijo.

Miré a Jacinto con asombro. ¿Cómo era posible que aquel hombre hubiera abandonado a mi santa y buena hermana por aquella mujer extravagante que viera poco antes? ¿Bajo qué extraño influjo habría obrado Jacinto en tan disparatada elección? No sé qué profunda conmiseración sentí en aquel instante por Jacinto, que humilde y avergonzado había inclinado la cabeza sobre su pecho. Me sentí desarmado. Tomé mi sombrero, y dirigiéndome hacia la puerta, le dije:

—¡Creo que usted ya está bastante castigado!

Él inclinó aun más la cabeza, y en un tono doloroso que no pudo pasarme inadvertido, murmuró:

—¡Algún día comprenderá usted!

Salí de aquella casa con una sensación inexplicable. Había entrado allí hasta dispuesto a matar a aquel hombre, y salía compadeciéndolo.

¡Enigmas misteriosos del corazón humano!

PASARON unos tres años, en los que no supe nada de Jacinto. Mi hermana también parecía haberlo olvidado.

Una tarde nos sorprendió la visita de un doctor Gonzalo Solano.

—¡Es el hermano de Jacinto! —advirtió vivamente Isabel.

Ya iba a dar orden de que le fuera negada la entrada, cuando hizo su aparición en la sala un señor como de cuarenta años, elegantemente vestido, y que, inclinándose ceremoniosamente ante nosotros, trató de disculparse.

—Ruego a ustedes perdonen mi atrevimiento al presentarme de esta suerte en esta casa, cuya entrada con seguridad me habría sido vedada.

—¡Efectivamente! —contesté. —Ignoramos el asunto que puede a usted traerlo, pero le agradeceremos que nos evite su presencia, que trae para nostros muy ingratos recuerdos.

—¡Caballero! —contestó el extraño visitante. —Hallo muy justificada su actitud, pero si me animo a insistir, es porque sé que sus piadosos sentimientos lo han de decidir a escucharme.

El tono suplicante de aquel caballero me impresionó. Hice un gesto de aquiescencia, y entonces él, con una significativa mirada, me indicó a Isabel, que, temblorosa y callada, presenciaba la escena desde el principio.

En vano rogué a Isabel que nos dejara solos. Todas nuestras razones fueron inútiles. Alegaba que si allí debía hablarse de Jacinto, ella era la primera y más directa interesada. Como tenía razón, no insistimos más.

Tomamos asiento, y el doctor Solano, empezó:

—Mi hermano Jacinto se halla en trance de muerte, y es a pedido suyo, que a la vez estimo como un deber mío, que vengo a dar ustedes las explicaciones necesarias sobre su conducta, explicaciones que en su día no pudo dar.

—¿Está enfermo Jacinto? —preguntó Isabel.

—Sí, señorita —contestó el doctor.— Anteayer intentó suicidarse disparándose un tiro en el pecho. Su estado es ciertamente desesperante.

—¡Santo Dios! —exclamó mi hermana, tapándose el rostro con las manos.

—Ruego a usted —dije interviniendo, —que trate de ser lo más conciso posible. Usted comprenderá...

—Procuraré complacerlo —contestó, —si bien tengo que remontarme algo en el curso de los acontecimientos.

Hice un gesto asintiendo, y él prosiguió:

—Como ustedes saben, mientras Jacinto residió en la capital luchando por su porvenir, yo vivía con nuestra madre en Córdoba. Mi situación, sin ser en extremo brillante, nos permitía vivir libres de toda inquietud, dentro de una relativa holgura. No siendo ricos, mi trabajo personal debía, pues, subvenir a todas las necesidades. El azar me puso un día frente a una mujer. Yo mismo ignoro cómo fué que pude enamorarme tan ciegamente. Decidí, pues, casarme; pero un mes antes del día fijado para mi enlace, recibimos anonadados la noticia de que Julia, mi prometida, se había casado con mi propio hermano.

—¿Cómo? —exclamé sorprendido. —Aquella mujer...

—¡Era mi novia! Fácilmente comprenderán ustedes que tanto mi madre como yo no pudimos aceptar fríamente aquella acción innoble, tanto más cuanto no podía haber sido promovida por ningún sentimiento amoroso; antes bien, parecía originada por un prurito de envidia o una ingénita falsedad en mi hermano, quien desde entonces se vió repudiado tanto por nosotros como por cuantos nos conocían.

—Es perfectamente comprensible —observé.

—Sin embargo, a pesar de lo justificado de nuestra actitud, hoy no nos podemos presentar ante él con la frente levantada. Debemos tener el sonrojo de haber dudado sin detenernos a analizar debidamente el porqué de su extraordinaria actitud. Aquella mujer, según he sabido mucho más tarde, no era más que una aventurera sin corazón ni conciencia. Yo, tan enceguecido estaba, que sus mismos defectos me parecían virtudes; sus extravagancias, originalidades. Jacinto se informó con la necesaria serenidad, y comprendió que yo me hallaba al borde de un abismo, en el que, dada nuestra situación, iba a arrastrar inconscientemente a nuestra madre.

—¿Jacinto no trató de prevenir a usted? —inquirió Isabel.

—Efectivamente. Algo intentó hacer; pero, ¿qué enamorado razona cuando se trata de la persona amada? Yo atribuí a la maledicencia lo que a Julia se le imputaba.

Gonzalo se secó el abundante sudor que corría por su frente, y prosiguió:

—Entonces Jacinto, queriendo evitarme el fracaso que para mi carrera aquella mujer significaba, y velando por la tranquila ancianidad de nuestra ma-

(Continúa en la pág. 29)

¿Debe la mujer declararse al hombre?

Por Godofredo Vignale





El día en que sea la mujer, y no el hombre, quien declare su amor, los matrimonios serán más felices

UN florista había recibido el encargo de confeccionar una gran guirnalda con la cual se adornaría la mesa del banquete a realizarse esa misma noche, en casa de una de nuestras aristocráticas familias. El florista y sus ayudantes, mientras trabajaban, hablaban sobre esa fiesta fastuosa.

—Va a ir lo mejor de la aristocracia. A la mesa se sentarán bellas damas y apuestos caballeros. Será un derroche de luz, de belleza y de distinción. (Tráeme esa rosa, José. Alcánzame ese puñado de helechos...) Habrá brindis..., habrá declaraciones de amor. Porque en una fiesta así ha de ser muy fácil enamorarse.

Y al poco rato, como era la hora del almuerzo, el florista y sus ayudantes se fueron a sus casas. La florería quedó sola. Sobre el mostrador de cinc, la guirnalda a medio hacer.

Las flores, al verse libres de la presencia de los hombres, empezaron a hablar.

Un pimpollo de rosa le dijo, muy quedamente, a una camelia

—¿Por qué yo, que soy tan bella, tan joven y tan perfumada, no he sido elegida por la mano del florista para decorar esa guirnalda? A mí me gustaría asistir a esa fiesta, ¡aunque en ella me marchitase y muriera!

La camelia se sonrió:

—No son siempre las más bellas flores las que el florista elige para confeccionar sus ramos. Las toma al capricho. No te olvides, querida, que él es hombre voluntarioso y soberbio. Es verdad que no hay razón de que tú y yo quedemos aquí, a marchitarnos entre estas cuatro paredes. Todas, por igual, debiéramos tener derecho a formar parte de esa guirnalda.

—¿Y si yo me pusiera en las manos del florista?—sugirió la tierna rosa.

Y cuando los hombres, después de almorzar, tornaron a su trabajo, el pimpollo de rosa se deslizó en la mano del florista. Éste lo tomó y lo colocó en el centro de la guirnalda.

Este cuento parece trivial, pero tiene su moraleja. El florista es siempre el hombre; las flores son las mujeres. Toda mujer tiene derecho al matrimonio; pero es el hombre quien decide. No podemos negar que el pimpollo de rosa de este cuento, era una flor de ideas avanzadas y acción decidida. Como él, muchas mujeres debieran iniciar, en forma franca, las primeras escaramuzas del amor. Las mujeres del futuro podrán y deberán declararse a los hombres. Esto parece algo aventurado. Sin embargo, será así. Y ya lo es, en algunas partes del mundo.

En los países sajones este año de 1928, por ser bisiesto, permite a las mujeres declarar su amor a los hombres. Ciertamente que hay en esto más de tradición que de costumbre; que se habla de ello más de lo que se hace. Pero el año bisiesto es año de bendición para las solteras enamoradas.

El día en que sea la mujer, y no el hombre, quien declare su amor, los matrimonios resultarán menos desdichados. Porque el mayor porcentaje de los divorcios en los países que gozan de los beneficios de esta cuerda ley, son iniciados por las esposas. Si esas mujeres hubieran elegido marido, y lo eligieran conscientemente, los lazos del matrimonio resultarían menos frágiles. Es el hombre quien elige y decide, y es la mujer que, obligada por la costumbre, acepta y otorga.

Son innumerables las mujeres que sólo se casan... por casarse. El terror de la soltería las arrastra, en muchos casos, al matrimonio. No eligen, no piensan, aceptan el primero que se les presenta. Si fueran ellas quienes eligieran, ¡ya tratarían de no equivocarse!

La mujer es mucho más psicológa que el hombre. El hombre, la mayor parte de las veces, cree que se enamora, cuando en verdad son otros los deseos que lo mueven. La mujer no es así. La mujer es monógama. Ella se interesa por un solo hombre y contempla el matrimonio desde un ángulo más serio, más hondo. Y la mujer que se casa con el hombre que ella eligió, porque lo amaba con toda el alma y todo su ser, procreará mejores hijos, como que éstos serán, indiscutiblemente, los productos de un grande y verdadero amor.



Hace miles de años el hombre tomaba por la fuerza a la mujer

Los idealistas, que abundan más entre los hombres que entre las mujeres, han de hallar ridículo lo que aquí se expresa. Porque creerán que, llevándolo a la práctica, caerían ruidosamente muchos de los ídolos que han levantado en sus corazones. Y es que, en realidad, conservan todavía, y a pesar de su idealismo, los instintos del hombre primitivo. Creen ver en las mujeres, como veían los habitantes de las cavernas, una cosa que hay que obtener y poseer por la fuerza. Conservan el instinto del varón de las especies. Sólo ven, por otra parte, el lado crudo y áspero de la lucha por la vida. ¿Han visto cómo, en el tranvía, los hombres se atropellan para quitarle el asiento a una mujer?

Pero esos actos son vagas reminiscencias de una edad que ya se ha esfumado de la imaginación de las gentes. Mas, en lo que se refiere al amor, a la declaración de amor, la mujer continúa esperando la palabra del hombre. Es el mismo hombre que hace varios miles de años tomaba, por la más bruta de las fuerzas, no a la mujer que amaba, sino a la mujer que necesitaba...

Lo importante en la elección por parte de la mujer, reside en que sea la mujer quien se sienta feliz y satisfecha con el matrimonio. Y el hogar será, también, dichoso y satisfecho: un hogar feliz, tal cual lo desean los hombres cuya vida se desliza, en parte, fuera de la casa y cuya ambición es hallar en ella la comodidad del cuerpo y la paz de su espíritu.

Hay personas que creen que uno puede casarse sin estar enamorado. Esperan que el amor florezca después del casamiento. Esto puede acontecer en lo que se refiere al hombre. Muchos son los que se casan sin amor, y terminaron enamorándose perdidamente de sus esposas. Pero no es el mismo caso con la mujer. La mujer para ser feliz debe estar enamorada de su novio; pero no debe esperar a enamorarse de su marido. ¿Y qué mujer, si tuviera el derecho de elegir marido y de declararle su amor, iba a casarse con un hombre del cual no estuviera enamorada?

EL HOMBRE CON IDEAS PROPIAS

Un hombre que tiene "cosas suyas" dentro del cráneo, que no se sujeta al patrón general, que ni se apaisa, ni se pliega a los usos, ideas y costumbres del "común" de las gentes, es un ejemplar raro, una sorpresa, un caso de asombro y de recelo para los que no le comprenden; un objeto de odio para los que, siendo incapaces de comprenderle, son incapaces de llegar a su altura. Recelo justo, odio perfectamente lógico, después de todo. "Lo que piensas, lo que dices, lo que haces —gritan los ignorantes— es en contrario de aquello con que nosotros vivimos tan a gusto. ¿Por qué nos molestas con tus novedades?" —"¡Hola! —dicen las medianías inteligentes.— Este mozo viene a demostrar nuestra pequeñez, a quitarnos el puesto. De ninguna manera. Hay que acabar con él antes de que él acabe con nosotros."

JOAQUÍN DICENTA.

CUADROS DE AMBIENTE MENDOCINO

Sidanelia

Por Miguel Martos

Dib. de Quinterno

VEA, Sidanelia, por lo que más quiera, no me trate así... ¿Qué motivo le hi dao yo pa que me dé con la puerta en las narices, sin un'explicación?

—La explicación vaya pidaselá a mi mama, que no quiere que pierda el tiempo con un atorrante...

—¿Atorrante yo... porque hace unos días que ando cesante?...

—Unos meses, querrá decir...

—Güeno, es lo mesmo..., días más, días menos. ¿Pero ella no sabe acaso el porvenir que m'espera? Que me van a hacer comisario 'e la "Puntilla" en estos días...

—Ese cuento es viejo pa que yo lo trague... Antes era de guarda fiscal y de ispetor de mercaos...

—Güeno; pero como quiera m'hicieron agent'el escuadrón; algo es algo...

—Y ¿qué le duró el gusto? Dos meses, y a la calle por razones de mejor servicio...

—Por razones de la tirria que me tenía del jefe de mi seción, porque la chinita que le llevaba la comida me miraba demasiao cuando me tocaba 'e guardia...

—Porque sería una sonsa...

—¿Sonsa? La estampa del muchacho... Y que la chinita era agarradora... En cuanto l'hice la seña 'e l'as de bastos me retrucó con la del siete de oro...

—Vayasé con ella entonces...

—No, mi alma; yo no cambeo lo viejo por lo mozo ni lo cierto por lo dudoso... Hace rato que la vengo campaneando a usté y ni aunque se opongan el cielo y la tierra la hi de hacer mía...

—No le veo dedos pa pianista... Mi vieja es muy esigente y quiere que me case con un hombre trabajador y honrao...

—Y aquí está Ruperto Barriocanejo, un servidor..., honrao a carta cabal y con un porvenir por delante.

—Y el pantalón roto por atrás... ¡No me haga reir que tengo partida la comisura 'e los labios!...

—¡Oiganlé... que pisiútica se ha puesto p'hablar agora! Lo que usté me ha visto de atrás es la "comisura" del saco partido a la nueva moda...

—A ver, dese güelta...

—No soy político pa darme güelta. Sí le gusto no me hurguetee la trastienda...

—Güeno, y cambiando conversación... ¿Ya tiene los muebles compraos?

—Los tengo apalabraos, mi alma... Un ruso 'e la calle Las Heras me los va a dar a pagar en diez mensualidades.

—Y ¿qué ruso es ese?

—Un ruso pariente de otro ruso qu'es empliao en la casa 'e gobierno y qu'es hermano de otro ruso qu'es amigo mío, y que tamién está empliao, y... ¡malhaya no ser ruso, caray!, pa poder estar bien empliao.

—Y cumplirán bien; harán méritos...

—No digo que no; pero a mí no me dentra que los rusos puedan desempeñar puestos públicos, que sean abogaos, dotores..., que quiere... Pa mí que los rusos han nacío pa comprar y vender muebles y p'andar barbudos, con pavita y levitón...

—¡Bah! Eso era antes; también en otros tiempos nuestros viejos usaban chiripá y boleadoras. Los tiempos cambean...

—Y las mujeres también. Ya usté no es la mesma de antes... Agora usa melena, se ha recortao las polleras y hasta mueve las caderas pa caminar.

—Cosas de la moda.

—Tamién me han dicho que se ha



—Güeno — y cambiando conversación: —¿Ya tiene los muebles compraos?...

echao otro novio... Cosa 'e la moda, ¿no?

—¿Otro novio?

—Como l'oye... Hasta me han dao pelos y señales.

—Lo han equivocao, Barriocanejo... Algún amigo de casa, tal vez...

—Un amigo 'e las mujercitas coquetas, mi querida Sidanelia... Y hasta pueta me han dicho qu'es. Por eso a 'e ser que la estoy notando tan pisiútica p'hablar agora... Pero le juro qu'el día que lo pille arrastrándol'el ala nos vamos a hacer...

Ca... vando estaba un quirquincho
en el tronco de un chañar,
y llegó un galgo, y le dijo:
—Ya te voy a hacer ca... var...

—¡Ja..., ja..., ja!... No me haga reír le hi dicho, que la comisura 'e los labios se me parte, Barriocanejo... Ust'está viendo visiones.

—¿Quiere que le dé más señas, pa que vea que no le miento?

—¿A ver?

—Es un chino alto y morrudo; muy afeitado y coloradote, como los frailes franciscanos; medio viejón ya, pero conservao y derecho; usa bastón, sobretodo y sombrero aludo; dicen qu'es empliao en la casa 'e gobierno, ni aunque naide lo ha visto trabajar en nada... Le llaman el gaucho no sé cuanto, y dicen que hace unos versos más safaos...

—¿Y quién le ha dao todas esas señas?

—El mayordomo 'e la casa 'e gobierno, qu'es güen amigo y machazo, ni aunqu'es petizo y corto 'e genio...

—Corto 'e genio..., pero de mano larga... ¡Si viera los pellizcos que me dió el otro día, cuando juí a hablar con el secretario al ministerio! Es más aprovechador cuand'una le pide un favor...

—Güeno, m'hija; la juerza 'e la costumbre... Hay tantos atracadores en las oficinas públicas.... ¿Y a qué jué usté al ministerio sin decirme nada?

—Juí con una recomendación que me dió el señor Mondioli pal secretario. Me dijo que me iba a hacer dentrar de datilógrafa en el Archivo Histórico...

—¡En güenas manos l'ha puesto Dios!... Los viajes que tendrá que dar, los días que va a perder y los pellizcones que se va llevar...

—Si se hamacan... La primera se la dan a la zorra..., pero la segunda encoge la cola... Preguntelé al mayordomo los sopapos que se llevó cuando me quiso hacer dentrar al cuarto de los ordenanzas... Y preguntelé a uno moreno, gordito y medio petizo que hay en el ministerio, que no sé cómo se llama, que cómo le jué conmigo cuando me quiso hacer salir por una puerta por la que yo no había dentrao...

—Ust'exagera, mi alma... Tal vez la quiso hacer salir por el otro patio pa que no diera tanta güelta...

—Sí, sí; y ¿con qué intención me ofreció, con mucho disimulo, llevarme en el automóvil del secretario?...

—¿Y cómo sabe usté qu'el secretario tiene auto?

—Porque el chófer es amigo 'e nosotros, y tamién se me apuntó por su cuenta pa llevarme, mientras lo esperab'al patrón...

—¡Vay'al diablo!... ¿Todo eso le ha pasao en un solo viaje?... ¡Qué será después!...

—Tuavía qued'algo... Cuando hablé con el jefe'el archivo, y s'enteró de que vivía tan retirao, me ofreció el auto d'él...

"—Gracias, señor...— le dije; —me marea el auto...

"—No importa — retrucó ahí nomás, — ponemos las cortinas...

—¡Ay, mi madre!... Vea, Sidanelia; o renuncia indeclinablemente a la dactilografía, o me declaro en güelga... ¡Cha con los tipos, que son aprovechadores!...

—Dejelós penar, Barriocanejo... ¿Pa qué tengo los puños yo?... P'hacerme subir en automóvil es preciso que yo quiera...

—Güeno, mi alma; por agora me via morder, pero, ¡por Dios!, no vay'a ler los versos que le haga ese picarón, y al que le ofresca el auto metalé sopapo sin asco...

"Yo vi'a hablar con el gobernador en estos días, y le vi'a pedir que les prohiba usar auto a todos los empliaos de gobierno... ¡Aprovechadores!... Ah, y al que haga versos que lo eche a la calle... ¡Van a ver, puetas del diablo!...

CUADRITOS PORTEÑOS

Las criollas se han dao vuelta

Dibujo de Mirabelli — Por Pedro Barraza



POR qué no lo larga al gringo ese con quien ha tenido el mal gusto de ponerse a noviar?

—Porque vale mucho más que usté, ¿sabe?

—¡No diga! ¿Cómo quiere que ese hombre que no parla ni castellano, con unos bigotes como pa asustar a los pibes, sea superior a mí? Fíjese en esta percha, considere mi juventú, ecétera, y después hable, paloma...

—Bueno: yo ya le he dao palabra de casamiento a él, y no será usté quien me va hacer cambiar de idea. ¿Entiende, entremetido?

—No se me arrebate, que me dan ganas de ratarla en auto cuando la veo alzarse como espuma de cerveza de bar alemán... Oigamé: ¿por qué no se acollara con un criollo como yo? ¿No le da lástima de usté misma, que es más criolla que el choclo, entregarse a un estranjero? ¿No sabe que ese hombre no podrá comprenderla como un criollo bien plantao?

—A mí no me importa la nacionalidá, sino las condiciones de las gentes, ¿sabe? Y ese hombre es bueno, es trabajador, es generoso, es...

—Es gringo por donde lo agarre...

—¡Es gringo, sí! ¿Y qué hay con eso? ¿Usté cree que yo voy a comer con su linda cara? ¿Usté cree que cuando haya que parar la olla nos vamos a conformar con oírle a usté tocar la guitarra? ¡No me haga reir, que estoy de luto!

—Había sido burlona además de flechadora de corazones.. ¡Tal como a mí me gustan!

—Pues esta vez se va a quedar relamiéndose de ganas...

—No sea malita y présteme atención. Es verdá que yo he sido siempre una bala perdida, y que más que agacharle el lomo al trabajo, me ha gustao la barra de los muchachos ranas como yo...

—¡Váyanse al charco, entonces!

—Por usté, yo me haría hasta antipersonalista, que es lo peor que puede hacer un hombre... Pero volviendo a lo de antes, le juro que yo cambiaría mucho si usté me llevara el apunte.

—No le creo ni el negro de una uña...

—Créame, por lo menos, con las uñas de las dos manos, porque yo estoy dispuesto hasta...

—¿Hasta qué, vamos a ver?

—¡Hasta trabajar por usté! ¿Le parece poco? Vea que yo siempre le he tenido asco a la burreada, pero su amor ¿qué milagro no es capaz de hacer?

—Si fuera verdá tanta belleza, hasta yo sería capaz...

—¿De qué, mi vida?

—De devolverle la palabra al italiano...

—¿No ve como estaba engañando a su propio corazón?

—Pero, como ya le he dicho, no le creo ni esto...

—Porque usté siempre me arisquió fiero, llevándose de los chismes del barrio...

—¿Chismes? Lo suyo es más verdá que todas las verdades juntas.

—Ni medio de lo que se dice de mí es cierto.

—Se dice, y yo lo sé, que a usté no le gusta el trabajo.

—En eso tienen razón.

—Se dice, y yo lo sé, que a usté le gusta más estar jugando al truco en el boliche que buscándose un empleo.

—También en eso tienen razón.

—Se dice, y yo lo sé, que pa usté todas las polleras tienen atrativos, y que le gusta más perseguirlas que hasta tocar la guitarra y jugar al truco...

—¡Protesto! Ya en eso sí que no tienen razón, ni ellos, ni usté, ni ninguno. A mí la única pollera que siempre me ha mareao, ha sido la suya...

—Si es por eso, se la puedo regalar pa que se consuele...

—Es que yo no sólo quiero la vaina, sino también el arma de su cuerpo...

—No haga palabras lindas, porque le voy a creer menos todavía. Si usté hubiera sido otro hombre más formal, esta sería la hora en que estaríamos casaos y hasta con familia... Ahora ya es tarde...

—"Nunca es tarde, dice el refrán, cuando la dicha es buena"...

—Esos son refranes, y la vida se ríe de esas cosas. He resuelto casarme con un hombre a quien es verdá que no quiero mucho, pero al que lo estimo de veras porque me ha demostrao que es todo un hombre como a mí me gusta que sean.

—¿Y cómo es ese fenómeno?

—Ese fenómeno, pa que usté sepá, es trabajador y honrao; aspira a formar un hogar sencillo y lo más dichoso posible, y, además, pa que usté sepa, me quiere con toda la fuerza de su ardiente corazón de gringo.

—¿Así que tendré que resinarme a verla del brazo de ese comilón de cebolla?

—Resínese o no, la cosa puede decirse que está hecha. Con usté no se va a ninguna parte, a no ser al hospital o a la Chacarita antes de tiempo.

—¡La gran pucha! ¡Era verdá que las criollas se nos han dao vuelta!

—¡Algún día tenía que ser! ¿O usté se cree que siempre íbamos a estar lo mismo? Ya estamos cansadas de sufrirle a hombres así como usté: puro palabrerío, puro jarabe de pico, mucho pantalón planchao y mucha agua de olor, y nada de formalidá, ¡nada de ser hombre!

—Allá viene el gringo con su cara de mafioso... Yo me hago humo, pero acuérdese que esto no ha terminao...

—¡Esto ni ha empezao siquiera! Así que le ruego que no me salga más al paso y olvídese si un día lo miré con buenos ojos... ¡Las criollas de ahora no son empanadas pa su boca, pierda cuidao!

—Cuando yo digo que las criollas se han dao vuelta... ¡Si hasta me dan ganas de vengarme casándome con una gringa!

TEMAS FEMENINOS

¿De quién es el mérito: del que ama o del que es amado?

Por Noemí Ronoe

SÓLO aquel que por su amor realiza supremos actos de heroísmo y que alcanza en su fiebre los límites de lo sublime, puede revestirse de orgullo al declarar:

—¡Yo amo!

Los demás, suave, humilde y dulcemente, sólo tienen derecho a repetir, inflamados de admiración hacia el objeto de su culto:

—Amo...

No todos poseen igual capacidad para amar de ese hombre es grande, la amará profunda y constantemente. Y el verdadero mérito de ese prodigio estará en ella. En lo que ella vale.

Un enamorado podrá cansarse de una nariz perfecta. De un mismo timbre de voz, escuchado diariamente todo un año.

Pero la gracia, la inteligencia, la nobleza de alma, puestas constantemente de relieve por la mujer amada, son



para amar. Ni la misma constancia. Existen seres capaces de amar profundamente, y de sobreponerse luego, entrando en un período de forzada pero segura calma.

Otros, en cambio, aman quizá con menos arrebato, pero constante e invariablemente.

Cuando un hombre digno ama a una mujer que no lo merece, su amor llega al heroísmo. En rápidos momentos de lucidez comprende que marcha a la abyección. Pero su amor apaga todo razonamiento. Y él marcha, apenado, dolorido, pero constante, por la pendiente que lo conduce al abismo. En un principio, una noble esperanza lo alienta y es el fuego fatuo tras el cual corre.

Cree que con su amor y su fe redimirá a la mujer amada. Que la salvará hasta él. Y prosigue afanoso, intentando detenerla, sin fijarse que él, a su vez, poco a poco se arrastra.

Cuando lo nota, por lo común, no retrocede. Es largo el camino para retroceder. Y por infiel, por perversa que sea la mujer tras la cual corre, piensa que su piedad por ella debe ser tan grande como su amor. ¿Perdonó una vez? ¡Perdonará ciento!

Muchas veces la piedad de un hombre bueno es el origen de ese amor que, a la larga, resulta funesto para él mismo.

TOTALMENTE opuesto es el caso del hombre impresionado más por las prendas morales que por las cualidades físicas de una mujer. Si la capacidad cadenas que atan al enamorado con tanta más fuerza cuanto más dulces y bellas son.

En un caso así, ante la fiel e invariable devoción de un hombre, antes de elogiarlo exclamando: "¡Cuánto ama usted a Fulana!", mejor sería decirle a ésta: "¡Cuánto sabe hacerse amar usted!"

La que hábil e ingeniosamente va obstruyendo el paso a la desilusión y atizando el fuego del amor y la simpatía en quienes la aman, merece todo un aplauso.

La mujer, debido al instinto de piedad tan arraigado en ella, suele realizar más frecuentemente proezas de amor por hombres indignos hasta de toda estima.

Pero esa piedad, poco a poco y sin que ella misma se dé cuenta, desaloja de su pecho todo otro sentimiento. Ella permanece fiel y abnegada al lado del hombre que no la merece, porque *él la necesita*. Y no porque a ella le sea materialmente imposible la vida sin él.

Y esto último es, sin embargo, lo que experimenta, en primer término, toda enamorada.

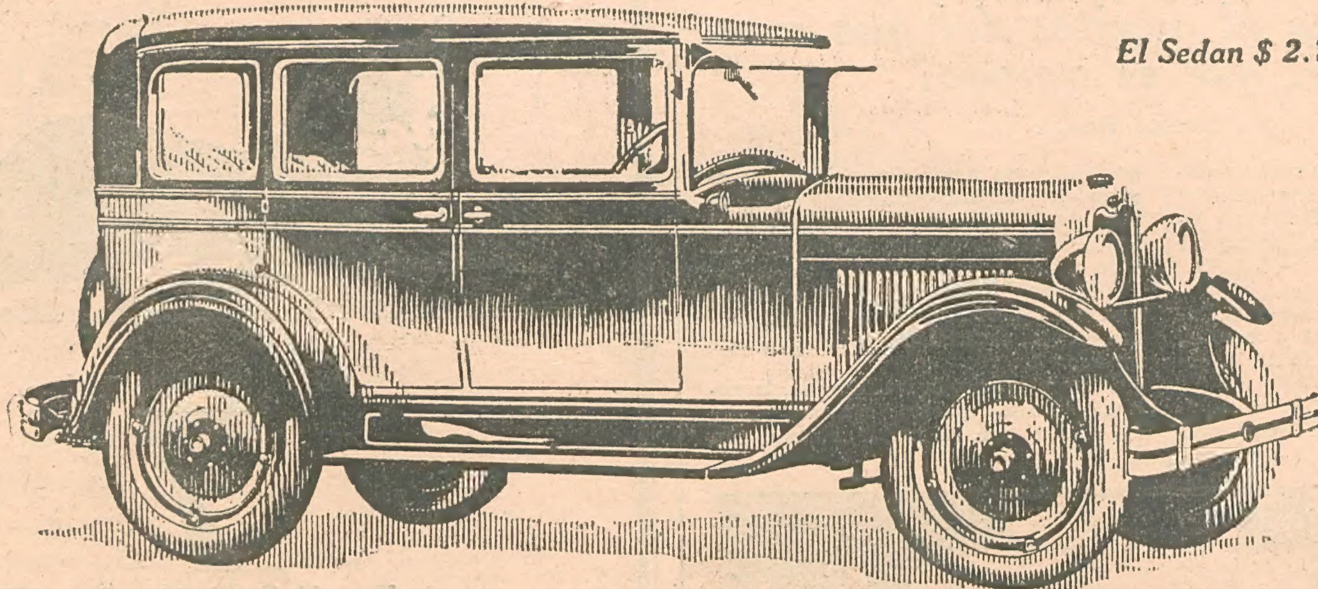
La mujer que ama a un hombre superior intelectualmente a ella, es, por lo común, de una sumisión e indulgencia a toda prueba. Y cuanto menos alarde hace su dueño de su superioridad, más pequeña se ve ella al compararse.

De una pareja así, al elogiar la devoción constante de la esposa, justo es también reconocer la manera digna que el hombre emplea para mantener viva esa devoción.

CONTRA EL DUELO

El hombre de valor desprecia el duelo; el hombre de bien lo aborrece. Me inspiran tal horror los duelos, que los considero como el último grado de brutalidad a que pueden llegar los hombres. El que va a batirse deliberadamente no es, a mis ojos, más que una bestia feroz que se esfuerza en despedazar a otra; y si resta el menor sentimiento natural en su alma, encuentro que el que muere merece ser menos compadecido que el vencedor.

ROUSSEAU.



El Sedan $ 2.795

¡Incomparable Belleza!

El arte consumado de los que proyectan las carrocerías Fisher halla expresión en los coches de la General Motors. Año tras año se ha enriquecido su conocimiento de los factores esenciales de confort y belleza, así como su habilidad para coordinarlos.

La experiencia adquirida en tal forma no se pierde jamás. En los siete modelos ultra-modernos diseñados por Fisher expresamente para el Chevrolet de 1928, se ha aprovechado esa experiencia, además de las oportunidades que brinda el mayor tamaño del chassis.

El resultado es una hermosura de líneas, una distinción de color y una elegancia de estilo jamás alcanzadas hasta ahora por coche alguno de la categoría del Chevrolet. Pida informes sobre nuestro sistema de venta a plazos.

Dentro de su precio, cada Chevrolet incluye el siguiente equipo:

Quinta goma; funda para goma auxiliar; paragolpes delanteros y traseros; láminas amortiguadoras en los elásticos; filtro de aceite; purificador de aire; extractor de gases del cárter; termostato; cerradura coincidental; limpia parabrisas automático. (Modelos cerrados). Además un tablero de instrumentos completo y moderno. (En los coches abiertos, capota Khaki).



El Sedan Landau ~ $ 3.250
El Sport Cabriolet ~ $ 3.095
El Coupé $ 2.900

El Doble Faeton ~ ~ $ 2.095
La Voiturette ~ ~ $ 1995
El Coach $ 2.595

Agentes en toda la República

GENERAL MOTORS ARGENTINA S. A.

Un coche para cada uso dentro del presupuesto de cada uno.

Federico W. Dickens, el "fabricante" de atletas argentinos

LA PERSONALIDAD DE DICKENS. — EL JUGADOR DE RUGBY Y EL MAESTRO. — AÑOS ESTUDIANTILES



Cuando Dickens era capitán del Springfield, team de rugby que ese año (1913) ganó siete partidos, de los nueve disputados con otras universidades

Me recibió con un apretón de manos cordial y una sonrisa amplia. No hay quien no tenga la impresión de que míster Federico W. Dickens es un muchacho grande. Un muchacho grande con un gran corazón de niño. Por eso que lo primero que se admira en él es esa sonrisa amplia de juventud. De allí se desprende el concepto envidiable que goza entre los deportistas y la confianza que inspira su concurso en lides de sport, no sólo ya como maestro, sino como camarada. Porque Dickens hace la misma vida de ellos durante el entrenamiento, conviviendo a todas horas, dándoles así la moral necesaria con el ejemplo propio.

En un apretón de manos comunica la simpatía inmediata del hombre. Tal como en el deporte una palabra de aliento levanta el espíritu del muchacho que en la prueba atlética se juega el prestigio de su nacionalidad. Y Dickens sabe lo que vale eso en la larga práctica y experiencia del deporte y la vida.

Apenas estoy instalado en un cómodo sillón de su despacho, en la Asociación Cristiana de Jóvenes, y él, desde la silla giratoria de su escritorio, exclama vivamente:

—A sus órdenes. Puede preguntar lo que guste.

Como ante todo, la impresión exterior está en su juventud, lo primero que pregunto son sus años. Se le disuelve la sonrisa en la boca como un terrón de azúcar. No contesta de inmediato. Me echo a reír, y le digo:

—¿No decía que podía preguntar? Bueno...

Dickens reacciona.

—¡No es que me importe decir la edad! Voy a cumplir cuarenta años. Es que no creo esos datos personales puedan interesar. Yo creía, y me había puesto contento, que usted deseaba preguntarme sobre la "chance" de los muchachos en las Olimpíadas. Pero yo; ¿para qué quieren saber de mí?

La sencillez que fluye de esas palabras es, en verdad, admirable. Esto sólo hubiera bastado para comprender de inmediato su personalidad.

He callado, y el silencio lo interrumpe él, que, quizá, ha advertido mi emoción, diciéndome:

—Entonces... pregunte lo que a usted le parezca...

EL DEPORTISTA

Habla Dickens. Un croquis mal trazado de su vida estudiantil y de maestro. Mal trazado, porque su modestia no lo deja ser abundante en detalles, que, sin duda, resaltaría su figura de sportsman.

—Desde joven me interesé en todos los deportes, indistintamente, practicando en las escuelas públicas y secundarias, el basse-ball, el football, o sea el rugby americano, el basketball y el atletismo. Fuí capitán, por 1913, del team representativo de rugby del Springfield de Massachusetts. En esa temporada, de nueve partidos que disputamos con otras universidades, triunfamos en siete. Luego, terminados mis estudios, de los que obtuve el título de profesor de educación física, fuí nombrado director, como tal, en la "Chestnut Hill Academy", donde permanecí seis años, obteniendo buenos éxitos con los equipos que tenían a mi cargo su preparación.

"Vine a Buenos Aires como director del Departamento de Educación Física de la Y. M. C. A., puesto que ocupo desde entonces. En este tiempo he sido designado, desde 1922, en casi todos los campeonatos sudamericanos como entrenador del equipo de atletismo y otros "teams" representativos, como asimismo, del que participó en los juegos olímpicos de 1924, y de este que disputará en Amsterdam. Hemos ocupado generalmente los primeros puestos en contiendas sudamericanas, y tengo confianza que avanzaremos algunos pasos en la colocación de los concursos mundiales, pues contamos con elementos que, sin duda, se clasificarán honrosamente.

—¿Quiénes son los que le inspiran más confianza?

—En primer lugar, los equipos de football, box, polo y basketball. En el equipo de atletismo tenemos a Pina en cien y doscientos metros; Kleger, que tira el martillo, el cordobés Vallania en salto en alto y Bruneto en el triple salto. A más de algunas sorpresas que creo posibles. Ya sabe el entusiasmo que anima a nuestros muchachos, en esas justas deportivas. Y para esto quiero traer a colación un recuerdo que se refiere a ese entusiasmo y a la nacionalidad en el deporte. Una demostración de lo que significa en el corazón de cada uno.



Federico W. Dickens aparece aquí en familia. Falta otro hijito, criollo también como sus hermanos

UN RECUERDO EMOCIONANTE

El año pasado, en Santiago de Chile — dice míster Dickens — durante la disputa del campeonato sudamericano de atletismo, que, como es sabido, perdimos por el decathlon, se decía que nuestra representación estaba compuesta con el mayor número de extranjeros. Un periodista chileno tuvo la falsedad de hacerse amigo de los muchachos, y pretextando la publicación de las fotografías de cada uno de ellos, consiguió los pasaportes, los cuales publicó en su diario. Yo creo que eso no tiene importancia en el deporte. En un discurso que pronunció el doctor Malbrán en la cena a los deportistas en el Centro Argentino de Santiago, habló sobre lo erróneo del juicio que motiva la inclusión de extranjeros en el equipo de una nación, cuando el deporte hermana a todos bajo una misma nacionalidad, la base esencial y única de nuestras fuerzas físicas. Y a su juicio, puede atemperar el hecho que ha quedado grabado en mi memoria, como una emoción difícil de analizar.

En nuestra casilla correspondiente, por dicho campeonato, habíamos colocado una bandera argentina de seda, muy linda, que llevaban nuestros muchachos. Una bandera, que sólo mirarla, inculcaba el precepto de patria. Pues bien: Antes de disputar la prueba en que tomaba parte, vi a Pina, que es español de nacimiento, ocultamente, creyendo que nadie lo observaba, fué a abrazarse de ella y besarla con toda unción en los bordes de sus pliegues azules. ¡Ese acto, sencillo y grandioso, prueba con elocuencia cómo late un pecho de hombre, fuera de toda nacionalidad, representando esa misma bandera que besa!

Dickens calla, emocionado. La verdad que ese recuerdo es de sus mismos sentimientos. Y sin decirlo, pienso que quizá él también besó así la bandera, sintiéndose humanizado en su propia nacionalidad.

(Continúa en la pág. 29)



Dickens en la actualidad. A él se deben los triunfos de nuestros atletas en los concursos internacionales; el concepto elevado que hoy sentimos por el deporte y la base científica en que ahora se raliza el entrenamiento

Dentro de treinta años ninguna mujer amamantará a sus hijos

Por el doctor Guillermo Dixón

EL deber más sagrado e imperioso de una madre es el de alimentar a sus hijos con su propio seno..."

He ahí la frase sacramental con que comienza el más difundido de los folletos que reparte la Asistencia Pública a las madres de familia, referente a la crianza de los niños. Yo confieso que, cuando la leí, sentí una gratísima impresión de simpatía por este país, en el cual los niños todavía gozan del raro privilegio de nutrirse en sus primeros meses con el divino alimento que la Naturaleza pone en el seno materno.

Y mi simpatía fué mucho más intensa todavía, cuando se me dijo que esa frase no era una simple indicación de las autoridades, sino que era la expresión de un concepto que respetan todas las madres argentinas, para quienes la lactancia de los hijos más que un deber, es una obligación inexcusable, un mandato del cielo que ellas practican con verdadero amor y abnegación.

Así supe, también, que aquí, en este país, son muy pocas las mujeres que renuncian a los santos deberes que impone la maternidad, y que aun las damas de la aristocracia, tan cuidadosas de la línea y de la silueta, lo olvidan todo en homenaje a sus hijos, porque eso ya está en el espíritu del pueblo argentino, en sus costumbres y en su tradición.

De este modo, puedo afirmar que Buenos Aires es, en la actualidad, una de las pocas grandes ciudades del mundo donde las mujeres acostumbran a criar a sus hijos, a diferencia de las demás urbes, tales como París, Londres, Nueva York, Berlín, Viena, etc, donde las madres ya no se encargan directamente de la lactancia de sus niños.

Según las más recientes estadísticas que tengo a la vista, puedo asegurar que en ciudades como Nueva York, por ejemplo, donde el número de niños menores de diez y ocho meses, es decir, en plena lactancia, asciende a más de doscientos mil, hay más de un setenta por ciento, esto es, unos ciento cuarenta mil que nunca se han alimentado del seno de la madre. Y en otras ciudades ese porcentaje es aún mucho mayor, como ocurre en Berlín y Viena, donde ¡sólo el diez por ciento de las criaturas ha probado alguna vez la leche materna!

Estas cifras que, seguramente constituirán una verdadera revelación para las madres argentinas, habrían espantado de horror a nuestros antepasados. Para aquellas dignas matronas del siglo pasado habría sido un agravio inconcebible la idea de renunciar a la sublime tarea de amamantar a sus hijos.



Ya entre nosotros muchas madres, faltas de leche, retiran de los dispensarios de lactantes la alimentación de sus pequeños

DENTRO DE TREINTA AÑOS SÓLO SE CONOCERÁ LA LACTANCIA ARTIFICIAL

SIN embargo, esas cifras que acabo de exponer, reflejan una situación, una situación momentánea, pero que constituye una fase de la evolución que se está operando en toda la humanidad, y que en un plazo relativamente corto habrá de alcanzarnos a nosotros también. Esa evolución, a no mediar factores imprevistos que provoquen una reacción, está destinada a relevar a la mujer de la función que cumplía hasta el presente sirviendo en la lactancia de los hijos. Y, según se calcula, dentro de treinta años, a lo sumo, es decir, más ó menos, *para 1950, ninguna mujer civilizada amamantará a sus niños.*



En Europa y Estados Unidos ya existen locales donde las madres dejan sus hijitos para que sean amamantados por las nodrizas del establecimiento de lactantes

Nuevos métodos de lactancia artificial, que ya están muy en boga en los Estados Unidos y en Europa, substituirán el medio de alimentación natural. Esos métodos, para los cuales se requieren productos adecuados, están ensayándose ya, en parte, y su búsqueda es motivo de arduas y empeñosas investigaciones científicas. Laboratorios enteros, bajo la dirección de eminentes profesores, están consagrados a la tarea de hallar substitutos de la leche materna, y, diariamente se registran descubrimientos y novedades en ese sentido.

Una de las dificultades principales con que se tropieza en ese sentido, es la de conseguir substancias que puedan utilizarse en todos los climas, pues, en la actualidad, las harinas y productos con que se provee a la alimentación de los lactantes, sólo resultan beneficiosas en determinados países. En general, puede decirse que los climas cálidos, que contribuyen a la fermentación y descomposición de esos productos, son los que hacen que se mantenga aún insoluble este problema. Y, por rara coincidencia, es justamente en esos países donde el porcentaje de la alimentación natural no ha decrecido todavía.

LA VIDA AGITADA DE LA MUJER MODERNA TIENDE A "MASCULINIZARLA"

ENTRE las causas más importantes que ha provocado el fenómeno de que nos ocupamos, ha sido la "masculinización" de la mujer moderna, que, cada vez más, tiende a asemejarse al hombre, desempeñando sus mismas funciones en la vida pública, trabajando como él y reemplazándolo eficazmente en el taller, en la oficina y en los puestos de mayor responsabilidad.

La mujer ha ido perdiendo, de esta manera, el papel que había venido desempeñando hasta ahora, papel esencialmente doméstico, y que constituía la base esencial de su feminidad: la vida del hogar. *Al salir a la calle para ganarse el sustento, la mujer de nuestra época ha perdido parte de sus atributos de feminidad.* No puede seguir encargándose del cuidado de los hijos, y ha tenido que renunciar, por consiguiente, a su misión fundamental en la lactancia de los mismos.

Es, pues, una situación de fuerza la que se ha creado. Y, por ley natural de adaptación, poco a poco las generaciones venideras irán acostumbrándose a la nutrición artificial desde la infancia. A medida que pase el tiempo, los niños nacerán con un organismo más resistente para las funciones digestivas, que son las que hoy ofrecen más inconvenientes y determinan la casi totalidad de las enfermedades infantiles. Y llegará el día en que toda la humanidad estará tan acostumbrada al nuevo sistema, que la alimentación del lactante por el seno de la madre, parecerá una costumbre de salvajes, un resabio de barbarie, y no faltarán médicos futuros que salgan diciendo que esa *¡era una práctica antihigiénica!...*

HASTA EL CUERPO HUMANO SE HABRÁ MODIFICADO DENTRO DE POCO TIEMPO

UNO de los aspectos más interesantes de esta cuestión es el que nos ofrece la modificación anatómica que sufrirá el cuerpo humano en la mujer, al desaparecer la lactancia, que es una de sus más importantes funciones fisiológicas.

En efecto, como la Naturaleza tiene un criterio eminentemente práctico, y es enemiga de mantener órganos inútiles, suprimirá el seno en la mujer, atrofiándolo poco a poco, hasta que llegue a asumir las mismas características que las que presenta actualmente en el hombre.



Cada día va siendo mayor el número de señoras y niñas que se ven por nuestras calles llevando esta conocida canasta de alambre con las botellitas de leche

De manera, pues, que perderá la belleza femenina uno de los más preciados atributos que ha tenido en todos los tiempos, y, análogas modificaciones se producirán en el organismo interno de la mujer, que por su índole científica demasiado complicada renunciaré a describir en este artículo.

Asimismo, el organismo del niño en la primera época de la vida,

(Continúa en la pág. 29)

CRÓNICAS DEL URUGUAY

"Cotorrita", como todos los payasos, representa un papel serio en el circo de la vida.

Por Luis Alberto Reilly

LA FARÁNDULA.—RECUERDOS DEL INOLVIDABLE "PIPO".—¡ARRIBA EL TELÓN!

QUÉ poco sabe el público de los artistas, fuera del escenario! Acaso llegan a conocer a los actores por la personalidad que fingen en ella. A veces se sorprenden al reconocerlos en la calle, con sus rostros despintados y el gesto serio. Sufren desilusiones. Acostumbrados a verlos de smoking en la escena, descubren así el traje raído y lustroso de la vida real. Y es que nada saben fuera de sus nombres, o de sus papeles en esta o determinada obra. De ahí su admiración al ver a un galán joven, que en las tablas es un mozo elegantísimo, de finos modales y porte aristocrático, comiendo en algún carrito fonda, de esos que venden chorizos a cinco centésimos cada uno ..

Y por dentro, la farándula tiene muchas veces tragedias más violentas que aquellas que sirven para que se luzca la actriz dramática en la noche de su beneficio.

Y es que los artistas en general gustan de la bohemia, que les permite morirse de hambre antes de abandonar el teatro, donde hallan una segunda personalidad que les permite vivir como seres importantes en la vida de la farsa.

Francisco Ramos Díaz es uno de los tantos actores, que habiendo tenido sus años de popularidad y de fortuna, no renunciaría jamás a esa vida, a la que entregó la energía de sus mejores años y los ensueños locos de su juventud.

Ambulando por esos teatritos tan populares en Playa Ramírez, tuve ocasión de verlo y compenetrarme de la simpatía que goza entre ese público de la barraca.

Me enteré, accidentalmente, que "Cotorrita" había sido en otra época un gran artista". Y que el recuerdo de sus interpretaciones evocaba risas ya oxidadas de tan viejas.

Decidí verlo, y sin más me colé en su camarín, minúsculo e incómodo, en el cual, frente al espejo, daba el payaso a su rostro embadurnado algunas líneas de negro; líneas que servirían para marcar su sonrisa, sin tener que hacer el enorme esfuerzo de sonreír por dentro...



"Cotorrita", el gracioso tony uruguayo, caracterizándose en su camarín



También "Cotorrita" es un eficaz actor cómico cuando toma parte en la interpretación de comedias grotescas

"COTORRITA"

ES usted "Cotorrita"? — pregunto, apenas se vuelve, sorprendido de la irrupción.

— Sí. ¿Qué desea? — murmura entre dientes.

— Soy periodista. Quiero sacarle un poco de la estopa que tiene dentro. Que me cuente algo de su vida...

"Cotorrita" hace un gesto de desesperación.

—¿Hoy? ¿No podría ser mañana?—Y con un dejo de fastidio:—¡Estoy enfermo! Cansado. No me sería posible recordar mis cosas. Mañana, lejos de esto, podríamos conversar de lo que usted quisiera.

—¡No! — replico, convencido. — Necesito que me dé cualquier detalle de su vida de actor. ¡Dice que está enfermo! Pero si acabo de verlo reír a carcajadas y hacer chistes con una gracia espantosa. No puedo creer, siquiera, que esté de mal humor...

"Cotorrita" se sienta sobre un cajón. Los ojos como pedazos de vidrio. La respiración dificultosa. Tiene el mal de los cómicos: asma. En la seriedad de su rostro advierto, ahora, el mal que mina su organismo. Al verlo así, hay un cambio tan grande del que un momento antes hacía estallar al público en carcajadas, que desconcierta.

Desde allí se siente a la concurrencia que espera impaciente la salida del veterano actor.

—¡"Cotorrita"! ¡Que salga "Cotorrita"!

El parece no oírlos. Está lejos de ellos. ¡Y un rato después tendrá que volver a "salir" para hacerlos reír como siempre, aunque con sus gracias se le vaya el resto de energía, que conserva por el capricho de no mandarse mudar de la vida!

"PABELLÓN PIPO"

CON voz que trata de hacer animosa, Ramos me cuenta las "cosas" de su pasado.

—Comencé a trabajar en los circos de aficionados. Tenía tal predisposición para hacer mis papeles, que a la semana de estar en el primero, me hicieron director de la compañía. Al cabo me uní a Antonio y Celestino Petray, con los que estrenamos para Carnaval la obra de Orosmán Moratorio: "Juan Soldado". Allí fué donde entró a actuar Luis Vittone, como el clown "Pipo". Contratados por Anselmi, formamos bajo su dirección la Compañía Uruguaya, que en 1896 realizó una jira por Buenos Aires. Volvimos al tiempo a Montevideo y los padres de Vittone, que no se conformaban que el "mala cabeza" de su hijo perteneciera a la farándula, ya que sus medios acomodados le permitían darle una carrera seria, le pusieron un circo que se llamó "Pabellón Pipo" para que no se les fuera de su lado. Confiáronme a mí la dirección de éste, sabiendo que era yo para su muchacho como un



Luis Vittone, el actor que tanto hizo reír al público argentino, era uruguayo y se inició como payaso, haciendo popular el nombre de "Pipo"

PABELLON PIPO

Yi y Paysandú

Empresa: Pipo

COMPAÑIA DRAMÁTICA CRIOLL

Director: F. RAMOS DIAZ

HOY SABADO 22 DE JUNIO HO

TONY COTORRITA

Quien tiene el honor de dedicar su función al

Cabecera de un programa del Pabellón Pipo, donde tantas veces fueron aplaudidos el clown "Pipo" y el tony "Cotorrita"

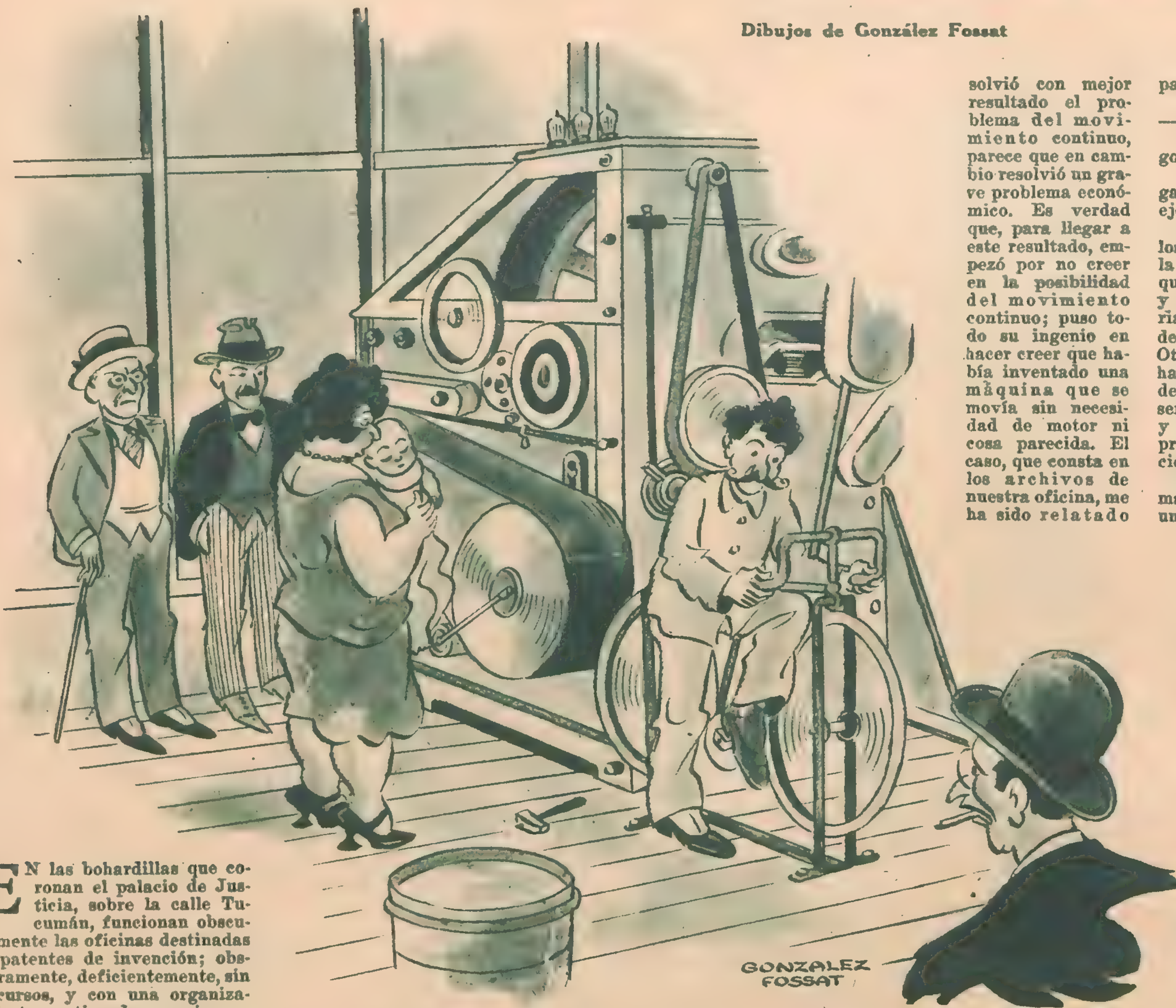
(Continúa en la pág. 32)

Los inventores del movimiento continuo

Una hilarante comedia en que intervino nuestra Oficina de Patentes de Invención

Dibujos de González Fossat

Por **Atilio Guerrero**



EN las bohardillas que coronan el palacio de Justicia, sobre la calle Tucumán, funcionan obscuramente las oficinas destinadas a patentes de invención; obscuramente, deficientemente, sin recursos, y con una organización tan anticuada como impropia de los fines que actualmente realizan, en los países civilizados, las oficinas similares. Aquí la gente de gobierno y los legisladores ignoran absolutamente la enorme importancia que asume la inventiva aplicada a la actividad industriosa, y que un país, en nuestros días, donde esta inventiva no se estimula y fomenta mediante una moderna organización de las oficinas respectivas, impone al progreso de sus industrias manufactureras y fabriles una rémora fatal. Tan atrasados estamos, en este sentido, que la Argentina no está adherida a la Convención de Ginebra, que garantiza sus privilegios á los inventores de todas las naciones que han tenido el buen acuerdo de concurrir a esta solidaridad internacional. Es verdad que el gobierno del doctor Alvear envió un delegado al último congreso convocado por la Convención internacional, y que se reunió en Amberes hace tres años. Pero el delegado fué a Europa sin cumplir la misión que se le había encomendado. Al menos la Argentina continúa desligada de la Convención y nuestros pobres inventores privados de las ventajas de que gozan sus colegas extranjeros. Así se comprende la existencia obscura y sin eficacia que llevan, arrumbadas en las bohardillas del palacio de Justicia, nuestras oficinas de patentes de invención. En Estados Unidos es tanta la importancia que se asigna a la inventiva, tanto le deben sus industrias asombrosas, que para tales oficinas hay en Wáshington un vasto y magnífico palacio, y en el gobierno nacional un ministerio especialmente destinado a dirigir y fomentar la inventiva.

Después de este preámbulo, que señala con gran seriedad una situación vergonzosa, que urge remediar, voy al objeto de la presente crónica: los aspectos cómicos que ofrecen la imaginación, el ingenio, y, a veces, la picardía de las personas que se presentan a nuestra oficina de patentes para obtener privilegios de invención.

Entre todos los inventores inútiles ninguno abunda tanto como el género de los que se dedican a resolver el problema del movimiento continuo. Si el lector quiere pasar algunas horas divertidas, suba los seis pisos del palacio de Justicia, busque la Oficina de Patentes de Invención y pida que le permitan consultar el fichero correspondiente a los planos y dibujos de los aparatos presentados para realizar el sueño del movimiento continuo. Es algo fantástico.

La idea que los sabios han abandonado hace tiempo como un imposible, han creído descubrirla, realizarla victoriosamente en Buenos Aires, infinidad de genios desconocidos. El fichero de nuestra oficina ocupa varias cajas. El lector puede pedir el expediente de cualquier ficha. Por lo general, se encontrará con un disparate evidente, demasiado evidente. Otras veces le asombrará la maravillosa complicación de los aparatos dibujados y descritos, o el contraste entre los detalles ingeniosamente trabados y el candor infantil del inventor. Verá, por ejemplo, un magnífico juego de palancas, rueditas y cojinetes armados con lógica admirable, que ponen en movimiento otro juego importante de grandes ruedas y poleas; pero que toda esta maquinaria funciona por la agencia de otra máquina, independiente, que arroja un gran chorro de agua sobre una rueda con paletas que inicia el movimiento continuo. El inventor ha creído resolver el problema poniendo el motor a la máquina independiente. Pero, en fin, este ejemplo es el de una máquina que se mueve, si no con movimiento continuo, al menos mientras funciona el motor de la máquina independiente. Pero hay aparatos no menos ingenuamente ingeniosos que eliminan el motor y toda generación de fuerza mecánica usual en las industrias, y aprovechan, por ejemplo, el formidable movimiento de rotación de la Tierra. El único inconveniente de estos aparatos es que no se mueven.

Un solo inventor del movimiento continuo, entre los centenares que figuran en el fichero, sacó un partido práctico y beneficios efectivos de su ingenio. Si no resolvió con mejor resultado el problema del movimiento continuo, parece que en cambio resolvió un grave problema económico. Es verdad que, para llegar a este resultado, empezó por no creer en la posibilidad del movimiento continuo; puso todo su ingenio en hacer creer que había inventado una máquina que se movía sin necesidad de motor ni cosa parecida. El caso, que consta en los archivos de nuestra oficina, me ha sido relatado circunstanciadamente por un ingeniero, ex empleado de la repartición y que intervino en los notables episodios a que dió lugar el asunto.

El inventor se llamaba Rochini, o algo por el estilo. Era un italiano que vivía en Olivos, con mujer e hijos, en la mayor pobreza. Decía él que se había arruinado por el tiempo y el dinero que le habían demandado los estudios, luego los infructuosos ensayos y al fin la construcción del complicado aparejo mediante el cual había vencido todas las dificultades del viejo problema físico. Rochini era elocuente, hablaba con mucho calor y parecía realmente embriagado por la felicidad de la victoria. Después de presentar en la oficina los planos y las descripciones de su máquina, concurría casi diariamente para suplicar el pronto despacho favorable de su solicitud. Como naturalmente los técnicos de la repartición no creían en el maravilloso acontecimiento, y por otra parte hacían notar a Rochini las probables fallas de su máquina, el italiano les pedía por todos los santos que se trasladasen a Olivos con él, jurando que no harían el viaje inútilmente. Contra las fallas aparentes en los planos y descripciones estaba la victoria de una realidad.



En efecto, su máquina andaba sin motor, andaba sola, apenas se le daba un impulso inicial, y ya no paraba hasta que él mismo no la detenía.

—Y ¿con qué necesidad la para usted? —le preguntaban.

Rochini se demudaba, y en tono amargo, trágico, respondía:

—¡Porque la miseria que paso me obliga al ahorro del aceite que gastan los ejes de mi máquina!

Ante la inconmovible indiferencia de los técnicos de la oficina, Rochini buscó la intercesión de personas influyentes, que movidas por la convicción científica y el relato que les hizo él de sus penurias, se llegaron hasta Olivos. Monseñor de Andrea fué una de estas personas. Otra el doctor Alfredo L. Palacios. Si habían acompañado a Rochini por condescendencia o por piedad, esta clase de sentimientos se convirtieron en asombro y en admiración sin límites cuando, en presencia de la máquina, la vieron funcionar.

Lo que afirmaba el italiano se confirmaba con una evidencia absoluta. Era una máquina que andaba sin motor ni fuerza extraña, continuamente, apenas Rochini la ponía en función. Desde ese día la casa de Rochini fué una romería de personas influyentes, a quienes pedía que intercedieran para que los técnicos de la oficina vinieran a comprobar el prodigio. A las súplicas de Rochini se unían las súplicas de su pobre mujer, que siempre entraba con su marido en el galpón donde funcionaba la máquina y llevando en los brazos una criatura de meses.

Aunque los técnicos oficiales no se resolvían al "papelón" de ir a comprobar la solución del insoluble problema, las miserias de Rochini empezaron a mitigarse. Algunas de las personas influyentes, rindiéndose a la evidencia, le adelantaron fondos... e influyeron, al fin, sobre el jefe de la oficina. Este dispuso que uno de los técnicos se trasladase a Olivos y pusiera en claro el error de que sin duda eran víctimas los que habían presenciado la realidad del movimiento continuo. Como quiera que estas personas, de insospechable equilibrio mental, afirmaban el hecho estupendo, el técnico fué dispuesto a descubrir, no la inocencia del inventor, sino su superchería.

Rochini estaba en la gloria; agradecía de antemano la concesión del privilegio que le permitiría proclamar su descubrimiento a la faz del mundo, bendecía a Dios y a todos los santos, consultaba con las personas influyentes sobre la forma de financiar en seguida la explotación de las máquinas sin motor. En presencia del técnico y de la gran comitiva espectante, Rochini subió a una especie de bicicleta fija, dió movimiento a un pedal y en seguida un complicado juego de ruedas empezó a girar pausadamente. Tres lamparillas eléctricas, comunicadas por hilos a la máquinaria, se encendieron. La mujer de Rochini, con la criatura en los brazos, contemplaba el triunfo. La máquina, ahora, andaba vertiginosamente... El técnico se puso pálido, no por la impresión de prodigio, sino por el temor de no descubrir la pillería de Rochini. Inútilmente examinó la maquinaria en todas sus partes; inútilmente golpeó con el bastón el piso de ladrillos, sospechando un sótano con otra máquina, independiente como la del inventor que cité antes. Allí no había sótano, ni conexión

(*Continúa en la pág. 28*)

Una mirada a las costumbres de nuestros abuelos

Por **Lucio V. Mansilla**

Para aquellos que se quejan de las costumbres actuales, reputándolas de nunca vistas, que no creen que la patria está llegando al límite de su progreso, y que, sobre todo, se figuran que el gaucho y el soldado son dos esclavos o dos mártires, aquél bajo la férula de un amo despótico vestido de frac y éste aherrojado por una dura disciplina, reproducimos los presentes fragmentos, en que podrán ver cuánto han evolucionado las costumbres y cuánto camino hemos recorrido desde los albores de nuestra independencia.



El general Mansilla, que, además de escritor y periodista, fué uno de los hombres más elegantes de su época. El monóculo era una de sus prendas favoritas

I

LA POBREZA DEL PAÍS EN 1810

El país era muy pobre en 1810. Había grandes propietarios de tierras, de ganados, pero su valor era relativo. Hasta casi cincuenta años después, una testamentería se arreglaba con dificultad, porque heredero había que objetaba: "yo no quiero ese campo: tiene muchas yeguas y me va a costar un platal sacarlas".

Por el lado del Pacífico, los propietarios de vastas heredades no abundaban tanto; pero las fortunas eran más sólidas, más contantes y sonantes; había más plata y oro en razón de la riqueza minera.

La civilización por ahí andaba. La cultura estaba concentrada en algunas ciudades doctorales, con universidad. Lo uno y lo otro no deben entenderse al pie de la letra, o sea según lo que esas dos palabras implican, o tienen de comprensivo en la terminología moderna.

Historiar la civilización y la cultura — la marcha de la humanidad hacia lo que ahora se entiende por progreso, — es más fácil que definir una y otra. Nadie lo ha hecho.

Emerson es quizá el único que ha hallado una fórmula; pero es vaga, demasiado sintética, casi paradójica, como cuando se dice que el "hielo contiene mucha civilización" o, lo que tanto vale, que los pueblos más ricos o más adelantados son los que han tenido y tienen que luchar contra el frío; bien entendido, un frío que no sea como el de la Groenlandia.

Emerson dice que la civilización no se define sino por negociaciones, lo que vale tanto como esto: el hombre es civilizado en razón directa de sus necesidades.

Ahora bien; quiere decir entonces que si en el país de 1810 las necesidades eran pocas, que la civilización era embrionaria y que la cultura no existía, a no ser que por cultura se tome la buena educación social, en ciertas clases acomodadas, distinguiendo así entre un patán y un burgués; lo que queremos significar cuando nos expresamos diciendo: don fulano es muy culto y ño Pedro muy bruto.

Sarmiento, que era más gran pintor decorativo que pensador, un Víctor Hugo desgreñado de la prosa abrupta argentina, ha pretendido con dos palabras, "civilización y barbarie", salvar la dificultad, si es que con ella tropezaban; y porque pintaba creía sin duda que definía; así como Guizot y Buckle, porque escribían la historia de la civilización en Europa y en Inglaterra, pensaban, probablemente, que echaban los fundamentos, base de su libro.

De lo expuesto, dadas las premisas, concluímos con visos de lógica, nos parece: que en 1810 el país argentino se encontraba en estado de *atraso*, que no era bárbaro, aunque no hubiera cultura, pudiendo compararlo a una inmensa crisálida expuesta a reventar, si anticipando su despertar de larva se incurría en el error teórico de creer que hay formas de gobierno y planes orgánicos definitivos, sin reflexionar que el paso violento de lo concreto a lo abstracto fué siempre causa eficiente de resistencias, de luchas y de revoluciones.

Los enciclopedistas argentinos y los que llamaremos los doctrinarios plagiarios de la forma simplista norteamericana, lo olvidaron. Rivadavia y Dorrego fueron así, sin darse cuenta de ello, dos contrarrevolucionarios, dos utopistas: manso el uno creía que se gobernaba con decretos; turbulento el otro, era incapaz de esperar. Ambos confundieron las palabras con las cosas; ambos fueron ilusos, perturbadores de distinta índole, fanáticos de convicción, y por eso ambos concluyeron trágicamente, que no sólo es trágica la muerte violenta: lo es también el largo martirio del ostracismo.

Tan pobre era el país, como hemos dicho más arriba, que pasma enumerar lo que en una familia se necesitaba para sastifacer las primeras necesidades de la vida. Parecían como llegados los tiempos en que, según la fórmula de Berthelot, el hombre se contentará con una sola comida condensada en una píldora. Las más ricas familias casaban sus hijas dándoles por todo ajuar "la honestidad de su persona" y muchas perlas del Perú. La fecundidad era no obstante grande. Las casas más o menos vastas, mal dispuestas, poco alhajadas, sin fuego de chimenea o estufa, el brasero las reemplazaba. La higiene doméstica, primitiva. Rivadavia (no es un cargo por cierto) hasta en eso fué un perturbador, como lo fué de cierto decir sencillo a la manera del Padre Castañeda. Todo en él era magistral, rotundo y campanudo, cojeando por el lado del boato. Las mejores gentes se lavaban todos los días; pero no se bañaban sino en verano, y eso ¡cómo!, pasando varios por la misma agua calentada al sol, en una tina que era una media pipa de aguardiente cepillada.

Vicios no faltaban; no existiría entonces la virtud. Pero hay que decir en honor de nuestros antepasados, y de otro modo no sabríamos expresarnos, que si su alma era fría su corazón era cristiano, y que si la caridad de entonces no tenía el carácter de asociación y de socorro mutuo de ahora, su campo de acción era constante, y sin alardeos de beneficencia muchas veces más ostensible que real.

II

NUESTROS GAUCHOS ANTE LOS SEÑORES DE FRAC

No había feudos ni señores de horca y cuchillo; pero las campañas por razones agrarias contenían algo de eso. El patrón vivía en Buenos Aires; iba poco a la estancia; muchos no conocían sus tierras capaces de contener reinos como la Bélgica, la Holanda, la Dinamarca. Había el mayordomo, el capataz, la peonada, más o menos sedentaria, y cuando llegaban las grandes faenas de las yerras, el gaucho errante se conchababa por unos cuantos días. Luego volvía a su vida de cuatrero, merodeaba, estando hoy con los cristianos, mañana con los indios; y algunas provincias mandaban inmigraciones de trabajadores, periódicamente, que en el camino robaban cuanto podían. El patrón, hombre de influencia directa o refleja con el gobierno, conseguía siempre para sus mayordomos y capataces alguna representación oficial, ya en el campo, ya en las villas del partido a que pertenecía.

De ahí un doble papel y una doble influencia; y como el paisano, el gaucho tenía que servir en las milicias y que surtir los contigentes para la guerra civil y para la defensa de la frontera, dejando mujer y prole abandonadas, aquéllos, los patrones o los mayordomos o capataces, eran para ellos como una providencia, — de donde resultaba cierto vasallaje.

La poca legislación existente era teórica, casi siempre letra muerta; *el empeño* valía más. "Obedezca y marche, pague y apele", eran expresiones proverbiales explicativas del hecho. Poco más tarde se inventó el "se resistieron" o el "quisieron disparar, y tuvimos que matarlos..."

Con las diferencias más o menos determinadas por los diversos modos de ser, variedad de industrias, dificultad para obtener trabajo y *orígenes*, las cosas iban casi así por el mismo camino en todas partes.



"Orígenes, hemos dicho, y recalco sobre esto para hacer constar la circunstancia de que no había en el país unidad antropológica; del Norte al Sur, del Este al Oeste, las mezclas de conquistador con los autóctonos eran patentes: quichuas, guaraníes, araucanos, pampas, tobas, charrúas, la mar. En algunas provincias (ahora mismo sucede) el español no se entiende en los campos. En Corrientes, hay que saber guaraní; en Santiago del Estero, quichua.

El hombre de las campañas por doquier se consideraba oprimido, hasta cuando el mayordomo o el capataz era manso, por una entidad ausente, "el patrón", que vivía en Buenos Aires o en la capital de su provincia.

Era la servidumbre. ¡Y qué

(Continúa en la pág. 83)





COMO TODOS LOS AÑOS, se realizó en Montevideo la Semana Criolla, en la que se hicieron exhibiciones de doma de potros y de costumbres criollas. Dos escenas de la fiesta: en una aparece un domador montando en pelo, y en la otra un criollo demostrando las habilidades de su caballo





A UNA VELOCIDAD DE CIEN KILÓMETROS por hora, el acróbata aéreo Hammer se arroja desde un aeroplano y cae en una lancha automóvil. Esta proeza ya la ha repetido varias veces en un lago cerca de Postdam. El acróbata aparece aquí en el centro, teniendo a su derecha al aviador Raab y a su izquierda al que maneja la lancha, señor Fritz von Opel



ELEGANTE MODELO DE VESTIDO de tres piezas, en crochet de lana y seda, muy apropiado para las tardes de otoño. Es de color beige, lo mismo que el sombrero





"EL PEINADO DE LA UVA" se ha dado en llamar a éste, por la semejanza que con el racimo de esa fruta adquiere la cabeza femenina después del original rizado



CON LA INICIACIÓN DE LA TEMPORADA TEATRAL, vuelve Gloria Guzmán, nuestra bataclana máxima, a dar animación a la revista porteña. Así se presenta en "Claro de Luna", de la revista "La Horas Alegres"



PALLE HULD, un muchacho de quince años, quiere poner en práctica sus lecturas de Julio Verne, y para ello está resuelto a dar la vuelta al mundo en un barco, empleando cuarenta y seis días. Este será el más grande homenaje que se ha hecho al mencionado escritor con motivo del centenario de su nacimiento

Fotos Photo From, Mundo Argentino (P), Herbert Photos, World, Sport y General y Caruso Hnos.

HUMORISMO AJENO



LA COSA ES DISTINTA

— Usted me dijo, Juana, que no tenía ningún pariente del sexo masculino. ¿Quién es entonces ese hombre que la visita todas las noches?

— Ese no es un pariente, señora, sino mi marido.



EL CAMINO MAS CORTO

— ¿Para qué estudia tanto su hijo?
— Es que sueña con ser diputado.
— ¿Y no sería mejor que estudiara para presidente de comité?



NOVIO MODERNO

— ¿Cómo puede usted pedir mi mano si hace apenas tres días que me conoce?

— Pero hace tres años que soy empleado del banco donde su papá deposita el dinero.



CULTURA DEPORTIVA

— Dices que este libro lo has ganado en el colegio por tus clasificaciones deportivas. ¿Y cómo tiene el nombre de otro niño?

— ¡Claro! Porque se lo gané en un asalto de box.



LA FACIL SOLUCIÓN

El hijo. — Mamá, ¿cuántos litros de vino caben en una damajuana común?

La esposa del borrachín. — Tu padre te lo dirá, hijo mío.



LA SEÑORA CORTA DE VISTA

— ¡Qué lindos mellizos, Dios mío!

— No son mellizos, señora: es mi hermanito y la pelota de football de Cachito.



EXAMEN DE ARITMÉTICA

— Si tu mamá se compra un vestido de ochenta pesos, un sombrero de treinta y unos zapatos de veinte, ¿cuál sería el resultado?

— Que mi papá le daría una paliza terrible.



LA COSTUMBRE

El capataz.—Pero ¿qué diablos hace usted siempre con sogas en la mano?

El peón. — Vera usted... ¡Como antes era encantador de serpientes!...



— Antes no podía dormir porque me despertaba con mis propios ronquidos.

— ¿Y ahora?

— Ahora duermo bien porque me mudé a la pieza de al lado.



LA GRAN FAMILIA

— Estamos arruinados y tendremos que vender todo. ¿No podríamos ir a vivir con tus padres?

— ¡Imposible!

— ¿Por qué?

— Porque papá y mamá ya viven con sus padres.



BENDITA IGNORANCIA

— Vea, Manuela: el señor ha salido a dar la vuelta al mundo. Arregle bien todas sus cosas.

— Como no vuelva hasta la noche, todo lo encontrará arreglado.



CRÍTICA LITERARIA

La novelista. — Figúrese usted mi desesperación al ver a mi nene, que tiene tres años, rompiendo el manuscrito de mi última novela.

La señora irónica. — Pero ¿cómo pudo leer su nene la novela?

(De Lustige Kölner Zeitung, Pêle Mêle, London Opinion, The Passing Show, Punch y Life)

LOS GRANDES CUENTISTAS

La ilusión del veterano

Por **Alfonso Daudet**

Este cuento está considerado como una joya de la literatura francesa. En efecto: su asunto originalísimo y los vigorosos trazos con que ha sido concebida su figura principal, un viejo coronel celoso de las glorias de su patria, son un gran testimonio. El lector asiste en el curso de este cuento al proceso de la toma de París, durante la guerra del 70, que fué, como se sabe, el prólogo de esa otra que trastornó la vida en el mundo entero.

SUBÍAMOS por la avenida de los Campos Elíseos con el doctor V., demandando a las paredes agujereadas por los balazos, a las aceras destrozadas por la metralla, la historia del París sitiado, cuando poco antes de llegar a la plazoleta de la Estrella, el doctor hizo un alto, y mostrándome una de esas gigantescas casas de esquina tan pomposamente agrupadas alrededor del Arco de Triunfo, me dijo:

—¿Ve usted esos cuatros balcones cerrados, allá arriba, sobre ese mirador? Pues en los primeros días del mes de agosto, ese terrible mes de agosto del año pasado, tan lleno de borrascas y desastres, fuí llamado allí para un caso de apoplejía fulminante. Se trataba del coronel Jouve, un coracero del primer imperio, anciano a quien dominaba la gloria y el patriotismo, y que desde el principio de la guerra había trasladado su residencia a los Campos Elíseos, habitando un cuarto con balcones exteriores... ¿A que no sabe usted para qué?

Yo me encogí de hombros, como invitándole a seguir.

—Pues para asistir al regreso triunfal de nuestras tropas... ¡Pobre viejo! La nueva de Wissemburgo llegó a su conocimiento cuando terminaba de comer, y al leer el nombre de Napoleón al pie de aquel boletín de derrota, cayó al suelo como herido por el rayo.

"Cuando acudí, el veterano coracero yacía sobre la alfombra de la estancia, la faz ensangrentada e inerte, como si hubiese recibido un terrible mazazo en la cabeza. De pie debía ser muy alto: tenía el aspecto imponente, inmenso. De hermosos rasgos fisonómicos, dientes soberbios y abundante cabello blanco y rizado, sus ochenta años representaban a lo sumo sesenta... Junto a él estaba su nieta, arrodillada y anegada en llanto. Tenía gran parecido con él. Al verlos, uno al lado de la otra, se hubiese dicho que eran dos hermosas medallas griegas, salidas del mismo troquel, pero la una antigua, terrosa, un poco borrosa en los contornos, y la otra resplandeciente y pura, en todo el esplendor y suavidad de la acuñación nueva.

"Impresionóme el dolor de aquella niña. Hija y nieta de soldado, tenía a su padre en el estado mayor de Mac Mahón, y la imagen de aquel gran anciano, tendido a sus pies, evocaba en su espíritu otra imagen no menos terrible. Procuré tranquilizarla como pude, pero, en el fondo, comprendía que se trataba de un caso gravísimo, tal vez de fatal desenlace. Aquello era una completa y muy característica hemiplejía, y a los ochenta años difícilmente se consigue hacer reaccionar al paciente. En efecto, durante tres días permaneció el enfermo en el mismo estado de inmovilidad y estupor. Durante ese tiempo llegó a París la noticia de Reichshoffen, ya recuerda usted de qué manera tan extraña. Hasta la noche todos creímos en una gran victoria: veinte mil prusianos muertos y el príncipe real prisionero. Yo no sé por qué milagro, por qué corriente magnética, un eco de aquella alegría nacional fué a buscar a nuestro pobre sordomudo hasta los limbos de su parálisis: el caso es que aquella noche, al acercarme a su lado, lo encontré bastante transformado. Aquel no era el mismo hombre. La vista más clara, la lengua menos pesada. Hasta tuvo fuerzas para sonreírme y tartamudear por dos veces: "¡Vic...to...ria!"

"—¡Sí, coronel, gran victoria!—le contesté.

"Y a medida que le daba detalles sobre el brillante éxito de Mac Mahón, veía aflojarse sus rasgos, iluminarse su rostro.

"Al salir me esperaba la joven, pálida y de pie delante de la puerta. Sollozaba.

"—¡Pero si se ha salvado!—le dije yo, estrechándole las manos.

"La infeliz muchacha tuvo apenas el valor de contestarme. Se acababa de anunciar al público el verdadero Reichshoffen: Mac Mahón en fuga, todo el ejército destrozado... Nos miramos llenos de consternación. Ella se desolaba al pensar en su padre y yo temblaba pensando en el viejo. Con seguridad no podría resistir a esta nueva sacudida. Y, sin embargo, ¿qué hacer? ¿Dejarle en su alegría, en las ilusiones que le habían vuelto a la vida? ¡Pero entonces era preciso mentir!

"—¡Pues bien: mentiré!—me dijo la heroica joven, enjugando rápidamente las lágrimas. Y radiante de placer volvió a penetrar en la alcoba de su abuelo.

"¡Terrible era la tarea que se había impuesto! Los primeros días fué saliendo bastante bien del paso. El pobre hombre tenía la cabeza muy débil y se dejaba engañar como un chiquillo. Pero con la salud se fueron haciendo más claras sus ideas. Era necesario tenerle al corriente del movimiento de los ejércitos, redactarle boletines militares. Inspiraba piedad, verdaderamente, contemplar a aquella preciosa niña inclinada día y noche sobre su mapa de Alemania clavando banderitas, procurando combinar toda una campaña gloriosa: Bazaine sobre Berlín, Froissart en Baviera, Mac Mahón en el Báltico. Para todo esto me pedía consejo, me consultaba, y yo la ayudaba en la medida de mis escasos conocimientos estratégicos; pero, especialmente, el abuelo era el que más nos servía en esta invasión imaginaria. ¡Había conquistado tantas veces a Alemania bajo el primer Imperio! Sabía todos los golpes de avance. "Ahora verán ustedes dónde van a ir. Vean ustedes lo que se va a hacer." Y sus previsiones se realizaban siempre, con lo cual se volvía más bravo y guerrero. Aunque desgraciadamente no reparábamos en apoderarnos de pueblos y ganar batallas, el viejo iba más ligero que nosotros; era insaciable. Cuando llegaba diariamente a su casa, me comunicaba un nuevo hecho de armas.



—¡Mañana entran!

"—Doctor: hemos tomado Maguncia—me decía la joven, saliendo a mi encuentro con una sonrisa amarga, y a través de la puerta oía una voz alegre que me gritaba:

"—¡Esto va bien! ¡Dentro de ocho días entraremos en Berlín!

"En aquellos momentos, precisamente, estaban los prusianos a ocho días de París... En principio nos preguntamos si no valdría más trasladarle a una población de provincias; pero, una vez fuera de París, el estado de Francia entera le hubiese hecho comprender en seguida toda la horrible verdad, y a mi juicio no estaba todavía lo suficientemente restablecido para recibir tan rudo golpe. Así, pues, se acordó que permaneciese en la capital.

"El primer día de asedio subí a su casa, lo recuerdo bien, emocionadísimo, con aquella angustia en el corazón que a todos nos producían las puertas de París cerradas, la pelea bajo las murallas, los barrios de extramuros convertidos en fronteras. Encontré al pobre señor sentado en la cama, lleno de júbilo y de fiereza.

"—¡Eh! ¿Qué le parece?—me dijo.—¡Ya ve usted cómo ha empezado el sitio!

"Yo le miré estupefacto.

"—¡Cómo, coronel! ¿Luego sabe usted...?

"Su nieta se volvió hacia mí y exclamó:

"—Sí, sí, doctor... ¡Si es la gran noticia! ¡Ha empezado el sitio de Berlín!...

"Y lo decía sin dejar de coser, con una seguridad y una tranquilidad verdaderamente espartanas. ¿Qué duda podía caberle ni qué sospecha concebir? No podía oír el cañón de los fortalezas ni ver aquel desgraciado París, siniestro y trastornado. Lo que divisaba desde su lecho era un lienzo del Arco de Triunfo, y en su alcoba, a su alrededor, una mesa revuelta, un revoltijo del primer imperio a propósito para entretener sus ilusiones. Retratos de mariscales, grabados de batallas, el rey de Roma en traje de bebé; luego grandes consolas rígidas, incrustadas de cobre con trofeos, cargadas de reliquias imperiales, medallas, bronces, una roca de Santa Elena en una urna de cristal, miniaturas representando a la misma dama de cabello ensortijado, en traje de baile, con vestido amarillo, con mangas de farol y ojos claros; y todo ello, las consolas, el rey de Roma, los mariscales, de damas amarillas, de talle elevado, alta cintura, con aquella rigidez embarazosa que era la gracia de 1806... ¡Bravo coronel! Aquella atmósfera de victorias y conquistas, era, más que nada, lo que le hacía creer con tal candor en el sitio de Berlín.

"A partir de aquel día se simplificaron mucho nuestras operaciones militares. Tomar Berlín era únicamente cuestión de paciencia. De tiempo en tiempo, cuando el anciano se aburría demasiado, se le leía una carta de su hijo, carta imaginaria desde luego, puesto que no entraba nada en París, y, desde Sedán, el ayudante de campo de Mac Mahón había sido internado en una fortaleza de Alemania. Figúrese usted la desesperación de aquella pobre joven, sin noticias de su padre, sabiendo que estaba prisionero, privado de todo, enfermo acaso, y obligada a hacerle hablar en cartas alegres algo cortas, como podía escribir un soldado en campaña, yendo siempre adelante en el país conquistado. Alguna vez desfallecía, y pasaban semanas sin noticia alguna. Pero el viejo se inquietaba, no dormía, se desvelaba. Entonces llegaba rápida una carta de Alemania, que iba a leerle la joven a la cabecera de su lecho, conteniendo sus lágrimas. El coronel escuchaba religiosamente, sonreía con aire de asentimiento, aprobaba, criticaba, nos explicaba los pasajes algo obscuros. Pero donde estaba hermoso, sobre todo, era en las respuestas que enviaba a su hijo: "No olvides nunca—le decía—que eres francés. Sé generoso con esas pobres gentes. No les hagas muy penosa la invasión." Y eran inacabables las recomendaciones, adorables sermones sobre el respeto a la propiedad, la cortesía que se debe a las señoras; un verdadero código de honor militar para uso de los conquistadores. Mezclaba también algunas consideraciones generales acerca de la política y las condiciones de paz que se debía de imponer a los vencidos. En esto, debo decirlo, no era muy exigente. La indemnización de guerra no es nada en limpio. ¿Para qué hemos de tomarles provincias? ¿Es que se puede hacer Francia con Alemania?

"Dictaba esto con voz firme y se advertía tal candor en sus palabras,

(Continúa en la pág. 34)

JOYAS DE LA POESIA GAUCHESCA

Los versos criollos de "El Viejo Pancho"

MI TESTAMENTO

Cuando me esté muriendo,
Saquenmén campo ajuera,
Y al lao de una cañada
Ande corra un hilito de agua fresca,
Ande el trébol de olor y la gramiya
Se le brinden al cuerpo como jerga,
Y haiga una mata 'e pasto
Pa dejar caer sobre eya la cabeza,
Dejenmén solo ayí... ¡Solita mi alma!
Pa que naides se entere ni me sienta
Lo que esté po'empacárseme del todo
El corazón que a gatas si trotea.
¡Yo no quiero morir dentro 'e mi rancho
Como muere el peludo entre la cueva!
Quiero sentir bajo la luz del cielo
La caricia 'e la tierra
Que jué siempre pa mí como una madre
Y ha 'e recoger mis güesos lo que muera;
Quiero óir cantar, cuando el sudor me
[avise
Que me aguaita la autera,
Sobre el ombú 'e mi choza la calandria
Que tantas veces consoló mi pena;
Quiero ver retozar a los baguales
Que la yeguada encela
Pa recordar los que montaba en pelo
Al salir disparando 'e la manguera;
Quiero seguir el vuelo 'e las torcazas
Cuando a la tarde los cardales dejan,
Y van, buchonas, procurando el nido
Ande Amor, arruyando, las espera.
Quiero aspirar, cuando a morirme vaya,
Los perfumes que al viento dan las
[sierras,
Y enyenando los ojos de azul-cielo,
Al darle al sol mi adiós lo que se
[escuenda,
Pedirle pa la zanja en que me entierren
Su primer rayo 'e luz cuando amanezca...

....

¡No me dejen morir dentro 'e mi rancho
Como muere el peludo entre la cueva!
Dejenmé agonizar a campo abierto,
La cara al cielo güelta,
Pa verla bien, lo que la noche se haga,
A la adorada estreya
Que les robó la luz a unos pupilas
Que envenenaron tuita mi existencia!...

LA GUEYA

Pulpero, eche caña,
Caña de la güena,
Yene hasta los topes ese vaso grande,
No ande con miserias.

Tengo como un juego
La boca de seca,
Y en el tragadero tengo como un ñudo,
Que me áhuga y me apreta.

Déme esa guitarra...
¡Quién sabe sus cuerdas
No me dicen algo que me dé coraje
Pa echar esto ajuera!...

Hoy de madrugada
Yegué a mis taperas,
Y oservé en el pasto mojao po'el sereno
Yo no sé qué güeyas...

Tal vez de algún perro...
Pero ¡de ande yerba!
Si al lao de mi rancho no tengo chiquero,
Ni en mi casa hay perra...

Dentré, y a mi china
La encontré dispierta...
Pulpero, eche caña, que tengo la boca
Lo mesmo que yesca...

Yo tengo, pulpero,
Pa que usté lo sepa,
La moza más linda que han visto los ojos
En tuita la tierra.

Con eya mi rancho
Ni al cielo envidea...
Pero eche otro vaso pa ver si me olvido
Que he visto una güeya...

JOSÉ ALONSO Y TRELLES ("El Viejo Pancho")

Dib. de Gambardela

José Alonso y Trelles, más conocido por el seudónimo de "El Viejo Pancho", fué un verdadero poeta criollo. Desde la vecina República del Uruguay dejó oír la armonía de sus cantos, tan llenos de emoción campesina y de ese gracioso desenfado que es la característica del espíritu genuinamente criollo. Como "El Viejo Pancho" no tuvo nunca la pretensión de hacer retórica, hizo, naturalmente, poesía, y aunque él modestamente dijo que los suyos no eran versos, sino "renglones desiguales", versos henchidos de emoción poética son cuantos escribió sin preocuparse de escuelas literarias. Siendo un verdadero poeta, realizó obra de poesía con la naturalidad con que el pájaro canta desde el rincón donde le ha tocado nacer. Como un homenaje a su memoria, brindamos esta bella página a nuestros lectores.



LO QUE NO ENVEJECE

Güeno, con su permiso,
V'i aflojarle la cincha a este sotreta,
Y acetarle el amargo
Porque tengo la boca como yesca.

De galopiar al ñudo
Se me envaró una pierna.
Lo que me siente un rato y tome un verde
Güelve a quedar como cuando era nueva.

Pa'l cansancio 'e la lidia
No le falta al cristiano una bajera;
Pero diga, aparcero,
El cansao de vivir, ¿ande se sienta?

Se lo pregunto, viejo,
Porque, más que el dolor en la osamenta,
He empezao a sentir como desgano
De seguir taloniando la existencia.

Se me jueron los años
Cismando noche y día con zonceras,
Me envicié en el soñar cuando era mozo
Y soñaré, no más, hasta que muera.

Una visión que alcanzo a ver a gatas
Se adueñó de mis riendas,
¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! Si las larga,
No via saber rumbiar pa la querencia.

Pastoriando esperanzas,
No alvertí la vejez que andaba cerca;
Hoy la siento en los güesos
Y ha cubierto de escarcha mi cabeza.

Mis pobres ilusiones
Ya no saben volar de puro viejas...
¡Tuito envejece en mí, tuito se acaba!...
¡Las que son siempre mozas son mis
[penas!

DE LA LUCHA

No rempuje, compañero:
¡Jué pucha, ni que anduviera
Con dolor en la *bastera*
Y juyese al entrevero!
Más despacito, aparcero,
Que hay piedras en el camino,
No se asuste si me empino,
Que es sólo pa curiosiar;
No le voy a sonsacar
Ni la china ni el *destino*.

¡Ah, pueblero desconfiao!
Cuando menos se afigura
Que pretiendo alguna *achura*
De las que le han ofertao...
Déme por eliminao
Del montón de pretendientes
Que se han afilao los dientes
Pa prendérsele al turrón...
Soy crioyo sin ambición
Y gaucho de los decentes.

Pa mí no habrá chocolate
Ni migas del presupuesto,
Porque no ando del cabresto
De ningún alto manate.
Gracias si ligo algún mate
Amargo como mi suerte,
Porque a mí bien se me alvierte
Que es al ñudo pretender...
Al paisano, ¡ni que ver!
Se le hace pitar del juerte.

Güenazo pa las cuchiyas,
Cuando *la teta refala*,
Y el que es ternero y no bala
Anda asustao y en cucliyas.
Pa él no son las amariyas
De la burra del Estao,
Pa él es el duro recao,
Y el rémington y la lanza,
Y la bala que lo alcanza
Y lo piala de volcao...

Y todo, ¿pa qué? Pues pa eso;
Pa que un pueblero ladino
Sospeche, al ver que me empino
Que quiero sacarle el güeso...
Compañero, guarde el queso,
Que, pa que usté se lo coma,
Yo en el bajo y en la loma
Sirvo de... cuajo a la leche...
Conque, amigo, no sospeche,
Que si me empino es en broma.

EL SECRETO 'E LA VIDA

Alcance el frasco, aparcero,
Tengo el pecho como fragua,
Y sin algún entrevero
No puedo tomar el agua.

Salida del manantial
Hay quien asigura que
Si se está muriendo 'e sé
La toma algún animal;

Pero un gaucho, aunque sea pobre,
Si la sé no se lo achura,
Sólo no teniendo un cobre
La mandará al buche pura.

Porque hasta cáida 'e los cielos
Precisa, pa que aproveche,
O quebrarla con la leche
O hacer de eya caramelos.

Dios mesmo dijo al probarla,
Hayándola desabrida:
"Pu... cha, pa poder tomarla,
Vi'a inventar otra bebida."

Y áhi no más, dándose mañana,
Sigún lo dice su historia,
Con una gotita 'e gloria
Hizo al ratito la caña.

¡La caña! Pa este cantor,
Que se lambe por lo güeno,
La caña es como el amor,
De que nunca se ve yeno.

Feliz quien de amor se cebe
Si no le es la suerte huraña...
¡Más se apetece la caña
Cuanti más caña se bebe!

Por eso el gaucho no yerra
Si ama y se da a la bebida,
Que en chupar y amar se encierra
Tuito el secreto 'e la vida;

Y pa cuerpiarle al rigor
De la suerte, no hay hazaña
Como mamarse con caña
O emborracharse de amor.

¿Sabe usted...

—que a los animales no les agrada la música del jazz?
—cómo anuncian los japoneses sus casas de comercio?
—el significado de algunos nombres masculinos más usuales?
—cuál es el mamífero más pequeño que se conoce y en qué zoológico se guarda?
—los países en que se produce mayor número de suicidios?
—que los ciegos son excelentes nadadores, como suelen demostrarlo en concursos?

En Berlín acaba de publicarse una curiosa estadística. Se refiere a los suicidios. Según ella el país de Europa en que se registra el mayor número de ellos es en Hungría, siendo Grecia en donde ocurren menos.

El porcentaje de suicidios por cada cien mil habitantes es de veintisiete en Hungría, de veintiséis en Alemania, veinticinco en Checoeslovaquia, veintiuno en Suiza y en Austria. En los pueblos de la Europa central y septentrional, los pensadores obstinados y pesimistas, son los que dan el más alto porcentaje de suicidas.

A los animales no les gusta la música bulliciosa. Se tentó un experimento en el Jardín Zoológico de París, al cual se llevó una jazz que ejecutó trozos que hubieran causado la delicia de muchos seres humanos. Pues bien: he aquí cómo reaccionaron al oír algunos huéspedes del Jardín de Plantas:

El elefante duchó copiosamente a todos los que estaban al alcance de su trompa, incluso a ciertos músicos.

Los monos lanzaron alaridos que no podían ser más que de protesta.

Los osos gruñeron y se manifestaron furiosos.

Durante una hora el lugar se convirtió en un infierno de rugidos y de gritos destemplados. Pero el violinista tuvo una inspiración. Ejecutó en su instrumento un sólo interpretando el "Claro de Luna" de Beethoven y los animales se calmaron como por obra de magia.

En el Jardín Zoológico de Londres existen ejemplares del menor mamífero que se conoce. Está representado por una ratita del tamaño de un escarabajo, procedente de Gambia. Causan estos roedores la desesperación de sus guardianes, pues no hay refugio seguro para ellos. En un principio se encerraron en una caja de madera fuerte, pero algunos lograron escapar abriendo una especie de galería en las paredes. Se los trasladó a una jaulita de vidrio herméticamente cerrada, pero van desapareciendo de a uno sin que se sepa por dónde salen. Es una enorme contrariedad, pues son animalitos excesivamente raros. El lote a que nos referimos se componía de treinta y siete ratitas en un comienzo, por las cuales se pagó diez mil libras esterlinas.

Los ciegos son excelentes nadadores. La dificultad que sienten al caminar para conservar la línea recta, desaparece en el agua, donde se ha observado que no se desvían un centímetro de la ruta. El camino les está indicado por medio de sonidos de timbre, de campana o simplemente por voces y silbidos. En Alemania suelen organizarse concursos de natación en los cuales toman parte algunos ciegos, comprobándose su superioridad en la natación sobre los otros nadadores. Esto se atribuye a su seguridad en la dirección mediante el oído, en tanto los otros se valen de la vista para ver las señales.

La reclame en el Japón está tan extendida como entre nosotros. Solamente que los japoneses ponen en ella un poco más de poesía. Por ejemplo, un tendero anuncia su comercio poniendo: "Aquí las mercaderías se expiden con la rapidez de un obús." Un papelero escribe que "su papel es más fuerte que la piel de un elefante", y un almacenero dice en sus anuncios: "Mi vinagre es más ácido que el humor de una suegra." En un letrero de artículos de novedades se lee: "Entrad y seréis recibidos de una manera sorprendente. Nuestros empleados son amables como un padre que busca casar a su hija."

Para entretenimiento de las lectoras de "Mundo Argentino" consignamos el significado de algunos nombres de varón:

Abel: "Aquel que llora".
Alberto: "Alta nobleza".
Casimiro: "Dueño de la casa".
Daniel: Justicia divina".
Emilio: "Servicial".
Eugenio: "Bien nacido".
Norberto: "Luz del norte".
Pablo: "Aquel que reposa".
Raimundo: "Boca de buen consejo".
Francisco: "Libre".
Gabriel: "Fuerte, poderoso".
Jorge: "Laborioso".
Enrique: "Casa rica".
Carlos: "Magnánimo".
Manuel: "Perfecto".
Ernesto: "Estrella".
Teodoro: "Don de Dios".

Las jaulas que contienen pájaros cautivos exhalan, por lo regular, muy mal olor, del que es fácil librarse. Basta para ello esparcir en el fondo de la jaula yeso en polvo y cubrirlo con arena. Cuando se trata de grandes instalaciones, este yeso constituye un excelente abono.

Cocktail, el nombre de la bebida que primero se conoció en América, se dice tiene su origen en una leyenda azteca.

Cuando los catadores de vino están en su tarea, nunca tragan el vino que prueban. Se limitan a olerlo y tener durante algunos momentos un buche de líquido en la boca.

Los caracoles hervidos en agua de cebada se consideraban antiguamente como un excelente remedio para curar la tos.

Los buques pintados de colores claros están mejor protegidos contra los escaramujos y otras vegetaciones por el estilo, que recubren los cascos de los buques de alta mar, que los pintados de colores obscuros.

Las norteamericanas están ahora autorizadas a castigar por su mano a los rateros. — Hace poco robaron en la calle una cartera a una señora. Al ser confrontada con el ladronzuelo en la comisaría, pidió que se le permitiera fustigarle con el látigo llamado vulgarmente en la marina "gato de nueve colas".

Fuéle concedido el permiso y la señora se despachó a su gusto. El jefe de los detectives de Nueva York ha declarado que debe seguirse ese ejemplo, y que en adelante tendrá en su oficina el famoso látigo a la disposición de las señoras que hayan sido robadas y quieran hacerse justicia por su mano.

Entre los muchos procedimientos que existen para quitar a la ropa blanca chamuscada el color amarillento, uno de los más sencillos consiste en frotar con cebolla la parte manchada, aclarándola después con agua fría.

Un indio de Alaska, llamado "El de los grandes ojos", por orden de su tribu tiene que pagar anualmente a su mujer para alimento un toro bien muerto y cortado, diez pieles de bisonte, cinco pieles de zorra gris y una plateada, agregando a esto cien salmones de gran tamaño.

Cada año los inventores de Inglaterra sacan patente para asegurarse la propiedad de más de treinta mil inventos, de los cuales sólo el uno por ciento llega a resultar práctico.

Dice el naturalista Thompson Seton que los animales tienden a obedecer a los diez mandamientos. Muchos años de observación le han convencido de que los lobos, los ciervos, las ardillas, algunas aves y otros animales, instintivamente reconocen los principios morales que Moisés expresó en los diez mandamientos. El citado naturalista ha escrito una obra presentando ejemplos palpables de su teoría, sobre la virtud de los animales.

Para curar la irritación de las encías, nada mejor que el alcohol alcanforado. Basta echar dos gotas de ese líquido en el cepillo de dientes al practicar la limpieza bucal.

En los vapores transatlánticos modernos figura un salón para diversión de los niños. Los muros de ese salón están provistos de tableros de pizarra, donde los chicos pueden dibujar con tizas de colores.

Comentarios del cine

Por Néstor

CHANG. — Probablemente quedará esta película como una de las mejores producciones del año actual. En verdad, no sólo es profundamente interesante, instructiva y agradable, sino que se puede apreciar en ella el extraordinario esfuerzo efectuado para realizarla y la notable capacidad técnica de sus autores. Es una película digna de ser vista por todo el mundo y de la que pueden estar orgullosos sus directores.

LA CAUTIVA DE SHANGHAI.—A pesar de que algunas partes de este film han sido tomadas en China, eso no es una disculpa para los que la hicieron... ¡Ni en la China deben tolerar pavaditas semejantes!

EL HOMBRE SIN BRAZOS. — Ya nos tiene acostumbrados Lon Chaney a los éxitos de sus magistrales ''cosas raras''. En esta difícil creación suya se ratifica plenamente como el mismo hombre múltiple de siempre, fecundo en recursos y de una extraordinaria adaptabilidad para los más difíciles papeles. A su lado, Joan Crawford y Norman Kerry destacan una meritísima labor.

CORREO CINEMATOGRAFICO

Princesita Equis (C. de Gómez). — Douglas Mac Lean nació el 12 de enero de 1895 en Filadelfia, hijo de un predicador. Actualmente su padre es el presidente de Hermandades Eclesiásticas Unidas de Los Ángeles. Douglas se dedicó en su juventud al periodismo e hizo algunos estudios en el Instituto Lewis de Chicago, de donde salió para dedicarse al teatro con gran éxito, y después al cine. Está casado con Faith Cole. Malcolm Mac Gregor es un neoyorquino, nacido el 13 de octubre de 1896; alumno de la Universidad de Yale, actualmente casado, trabaja en el cine desde hace unos diez años. Leslie Fenton es un inglés de Liverpool, nacido el 12 de marzo de 1903, casado con Marie Adaire. Antes de ingresar al cine actuó en el teatro seis años.

A Mac Lean escríbale a ''Paramount Studio. 5451, Marathon Street, Hollywood, California''. A Fenton a ''Fox Studio, 1401, N. Western Avenue, Hollywood. California''. Y a Mac Gregor a ''6043, Selma Avenue, Hollywood, California''.

Iris V. (V. del Parque). — No confíe en esos avisos. Son cuentos... De ese actor a que usted se refiere daré una biografía detallada dentro de pocos números. Y de Valentino, también en el número del 2 de mayo próximo. Hasta pronto, y no me olvide.

Castran (Tucumán).—Esa chica Etheline es una actriz de segundo orden, pero con el tiempo es posible que descuelle.

Novia de Totó (Capital). — A Antonio Moreno y George K. Arthur a ''Metro Goldwyn Studio, Culver City, California''. A Raymond Keane a ''Universal Studio, Universal City, California''. A Edmund Lowe a ''Fox Studio, 1401, N. Western Avenue, Hollywood, California''. Ya..., ya van las tres de reglamento. Hasta pronto.

Novia de Fermín (Capital).—A Charles Farrell. A. Víctor Mac Laglen y a Janet Gaynor a ''Fox Studio, 1401, N. Western Avenue, Hollywood, California''. A Ronald Colman, a ''United Artists Studio. 7200, Santa Mónica Boulevard, Hollywood, California''. Y ya van... cuatro. Hasta otra vez.

La nieta preguntona (Rosario).—Mary Astor, su actriz favorita, se llama por verdadero nombre Lucille Langhanke. Nació el 3 de mayo de 1906. Es americana. Y acaba de casarse con Kenneth Hawkes. Ronald no sufre de ese mal que usted le atribuye. John y Greta no se han casado. Hasta prontito, curiosa.

Un buen nieto. — A Theodore Von Eltz escríbale a ''1722 ½, Las Palmas, Hollywood, California''. Mándele veinticinco centavos oro en un giro, que puede solicitar a la Agencia American Express, Bartolomé Mitre, 562, Buenos Aires.

Carmen Marano ''Nena'' (Alberti). —Lila Lee está casada con James Kirkwood. Tiene veinticinco años, y su verdadero nombre es Augusta Appel. Saludos, ''nena''.

M. E. Arean (La Plata). — Barry Norton se fué a Norte América como pasajero, y no como foguista. Puede irse en cualquier época del año.

Chica de Ojos Lindos (Cruz Alta). — Mándemela a mí y le daré opinión con mucho gusto.

El Diablo (Capital). — Douglas Fairbanks pesa setenta y seis kilos, y mide un metro y setenta y siete centímetros. A los veinticuatro años.



Ronald Brook (Tucumán). — Norma Shearer nació el 10 de agosto de 1904 en Montreal (Canadá). Muy jovencita aún, fué a Estados Unidos para dedicarse al teatro. Ingresó al cine en 1921. Escríbale a ''Metro Goldwyn Studio, Culver City, California''. Sí: yo creo que es una gran actriz.

A. A. (Capital). — Louise Brooks es americana, de Kansas, nacida el año 1905. Casada con Edie Sutherland. Trabaja actualmente en la Paramount.

Nora (Rosario). — Lois Moran tiene diez y nueve años cumplidos el 1º de marzo próximo pasado. No es hija de esa actriz. En cuanto a ese asunto de Richard Barthelmess, es un cuento. Dolores Del Río y Janet Gaynor. Saludos.

Acuérdate de mí (Bahía Blanca). — ¡Ramón Novarro casado con Lillian Gish? Eso es un mal chiste... Mae Murray no tiene ninguna hija de veinte años. La edad que Mae confiesa es la de treinta y cinco años..., pero debe haber algunos más. ¡La actriz más sencilla? Mary Brian. Bueno, sí, me acordaré.

Dorita Enamorada (Capital). — Richard Talmadge: treinta y un años, casado. Salud, mi nueva nieta.

Mimí Bluette (Nogoyá). — Lo siento mucho, pero ese articulista, si dijo eso de Francisca Bertini, debe saber muy poco de cine, y, sobre todo, no debe estar al corriente de lo que hay por Estados Unidos. En el país que usted cita el cine está muy atrasado aún.

Ynka (Tucumán). — Su foto, magnífica. ¡Y si tuviera un poquito de maquillage!...

Secretaria de N. (Rosario). — Lamento que usted no coincida conmigo en admirarla a Pola. Buster Keaton, por verdadero nombre Joseph Francis Keaton, es americano, nacido el 4 de octubre de 1895. Hijo de comediantes, debutó en el teatro siendo un bebé todavía. Está casado con Nathalie Talmadge, hermana de Norma y Constance. Saludos.

Matilde Du Bois (Urquiza). — George O'Brien tiene veintisiete años, y es soltero..., ¡qué suerte! Escríbale a ''Fox Studios, 1401, N. Western Avenue, Hollywood, California''.

Un joven de ojos pardos (Pérez). — El concurso ese no dará ningún resultado positivo. A Ramón Novarro pídale su foto escribiéndole a ''Metro Goldwyn Studios, Culver City, California''. A Laura La Plante, lo mismo, a ''Universal Studios, Universal City, California''.

Boheme (Tucumán). — A Ruth Roland escríbale a ''3828, Wilshire Boulevard, Los Ángeles, California''. La otra actriz no trabaja más en el film.

Ni Nita (Santa Fe). — A María Casajuana escríbale a ''Fox Studios, 1401, N. Western Avenue, Hollywood, California''.

Chorlito (Capital). — Antonio Moreno es español, de Madrid. A Tom no le conozco otro nombre. Sí, llegará pronto. A Antonio Moreno escríbale a ''Metro Goldwyn Studio, Culver City, California''.

Mendocino (Godoy Cruz). — Sí: ''El Circo'' llegará pronto a esa.

Chichí (Avellaneda). — Creo, sinceramente, que esa compañía teatral le ofrece una excelente oportunidad de iniciarse y hacer carrera. Aprovéchela, Chichí.

J. Franc (Rosario). — Jackie Coogan tiene trece años, cumplidos el 26 de octubre próximo pasado. Colleen Moore tiene treinta: los cumple el 19 de abril de este año. El verdadero nombre de Colleen es Kathleen Morrisson. La dirección de Charles Chaplin es ''United Artists Studio, 7200, Santa Mónica Boulevard, Hollywood, California''.

Enamorada de N. (Cruz Alta). — Le aseguro que la fotografía tiene un notable parecido..., salvo en la chiva, que es más larga todavía. Pronto va a haber una vacante. Muchos saludos y..., pierda las esperanzas.



A ''Corazones Irlandeses'' corresponde esta escena. Este film se ha estrenado en estos días

Foto Fox



Chester Conklin vuelve a hacer reír en la comedia ''Dos Viejos Verdes'', que se estrenará a fines de este mes. Un pasaje bastante sugestivo de la nueva película

Foto Paramount

Ondas de Oro (Salta). — Mary Brian, por verdadero nombre Louise Dantzler, nació el 17 de febrero de 1908 en Dallas (Tejas). Ingresó al cine a raíz de haber sido premiada en un concurso de belleza en Los Ángeles. Está soltera. Johnny Walker está casado con Renée Parker, y se han separado hace poco. Sí: ''Ben Hur'' llegará ahí este año. Saludos.

Néstor III (Jujuy). — A David Griffith escríbale a ''United Artists Studios, 7200, Santa Mónica Boulevard, Hollywood, California''. Es difícil que le conteste.

Enzo R. (Rosario). — A Douglas (padre), escríbale a ''United Artists Studio, 7200, Santa Mónica Boulevard, Hollywood, California''. A Reginald Denny a ''Universal Studio, Universal City, California''.

Love (Córdoba). — A Hoot Gibson escríbale a ''Universal Studio, Universal City, California''. A Mary Brian a ''Paramount Studios, 5451, Marathon Street, Hollywood, California''.

No me olvides (Capital). — Las dificultades para renovar el contrato de Pola Negri en la Paramount no tenían nada que ver con su marido, el ''casi príncipe'' M'Divani. No. Eran dificultades de índole financiera. Cuestión de dólares. Pero creo que ya se han arreglado. Saludos, y hasta pronto.



Jackie (Pergamino). — La biografía de Rudy irá en el número del 2 de mayo próximo. A Lloyd Hughes escríbale a ''First National Studio, Burbank, California''. De Mary no sé nada. Hasta lueguito.

Dos Pibas Marplatenses (Mar del Plata). — Vilma Banky nació el 9 de enero de 1903 en Budapest. Actuó durante largo tiempo en el teatro e ingresó al cine hace pocos años, yéndose a Norte América en 1925. Se casó con Rod La Rocque el 26 de junio de 1927. ¿Se les pasó el enojo?..

Coquito (Azul). — Muy bien la foto. Tiene usted interesantes dotes físicas para el cine, y espero que si cumple todo ese plan que proyecta, podrá alcanzar éxito. Pero no se forje muchas ilusiones...

Rosario Roberti (Firmat). — Tenga cuidado, señor. Yo creo que son unos vulgares cuenteros.

Luis Allende (Santa Fe). — Louise Brooks es casada. Escríbale a ''Paramount Studios, 5451, Marathon Street, Hollywood, California''.

Aficionado (Mendoza). — Ese concurso no tiene importancia. Nosotros, no. Esa actriz se ha retirado del film.

El Pibe de X. (Los Cardales). — Es muy difícil eso. Yo le aconsejaría que no lo haga. Ahora, si usted piensa de otra manera..., yo me lavo... la chiva.

Un Porteño Amigo (Capital). — Lo siento, pero la verdad es que todas esas ''academias'' son empresas de cuenteros. Ya he dicho muchas veces que no conozco ninguna institución de esa clase que sea verdaderamente seria, y menos que ofrezca porvenir para el cine.

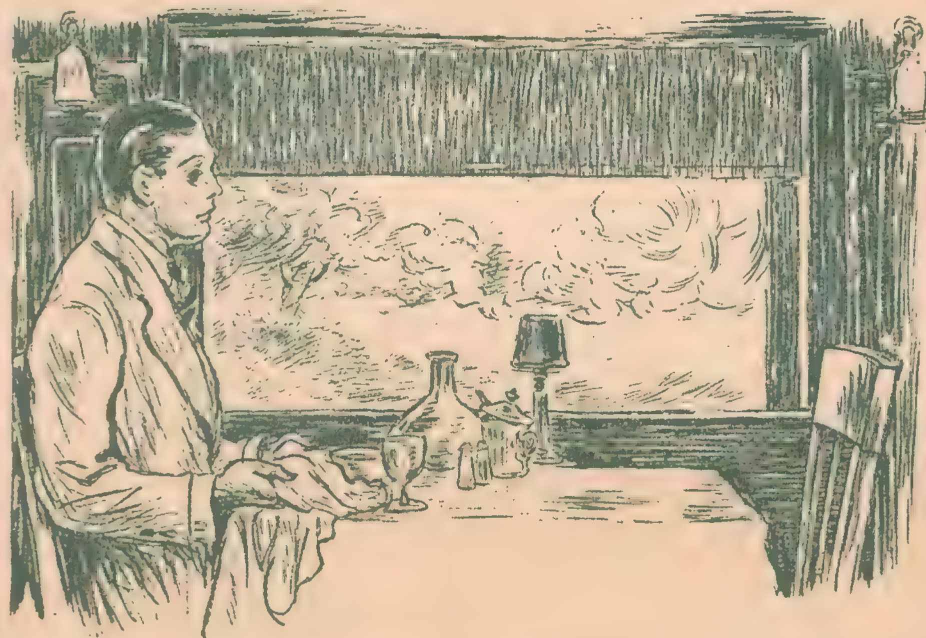
Enamorada y Celosa (Rosario). — A casi todas las enamoradas les ocurre lo mismo. Por suerte, usted puede estar tranquila, porque su Richard Dix, al paso que va, no se casa ni este año ni nunca más. Parece que me quiere imitar a mí. ¡Lo que es tener experiencia!...

Dos Esclavas (Santa Rosa). — William Boyd y Elinor Fair se casaron después de filmar ''El Barquero del Volga'', el 12 de enero de 1926, en Santa Ana, California. Escríbales a ''De Mille Studios, Culver City, California''.

CUENTOS HUMORÍSTICOS

La mujer y yo, mano a mano

Por **Andor Gábor**



SE va a servir la primera tanda! — exclama en el departamento el empleado del vagón restaurante.

Y los viajeros, semejantes a pequeñas barquichuelas atravesando un estrecho durante una tempestad, se ponen en marcha camino del restaurante, a lo largo del estrecho pasillo, viéndose empujados de una pared contra la otra. Yo también tengo que bailar a lo largo del pasillo, y, entrando en el comedor, tomo asiento en el puesto que me señalan. Una mesita en la que no hay más que dos sitios, uno frente al otro; debo sentirme por ello satisfecho, pues de ese modo no habrá más que un hombre a quien mirar hostilmente mientras coma. De no ser así hubiera habido tres, y es demasiado para un hombre tan cortés como yo. Resulta una sensación muy estraña la de tener que mirar desde tan cerca la boca de personas completamente desconocidas, que se sienten molestas, que tratan de no hacer ruido con los labios al comer, de no sorber la sopa, tan sólo para que yo, de quien todo lo ignoran, forme una buena opinión de ellas. Siempre he sentido ganas de decirles que las dispensaba de todo aquello; que, por lo que a mí se refería, podían comer y conducirse como quisieran; no las citaría ante el tribunal de la historia. ¡Pero que hiciesen conmigo otro tanto!

Aguardo a ver quién es el que se sentará frente a mí en la silla vacía. ¡Una mujer! No levanto los ojos para no molestarla clavándole mi mirada. Hago como que leo con la mayor atención en la lista el nombre de las espinacas y de la carne picada. Veo que esta mujer no es ni guapa ni muy elegante; pero, en fin, a pesar de eso permanecemos a gusto durante un cuarto de hora uno frente a otro. La mujer arregla su peinado. ¡Oh, esto es muy gentil por parte suya, pues no quiere que vea sus cabellos en desorden! Traen los entremeses, y la mujer se sirve muy poco. Comprendo que no quiere que crea yo que come mucho. Desde Byron no está bien el que una mujer coma mucho, ya que, lo que es bastante triste, no tiene más remedio que comer.

Durante los entremeses la señora comienza a mirarme. ¡Caramba! ¡Cómo me mira, qué fijamente! Me mira sin cesar, y de una manera que no es posible dejar de comprender. ¿Qué es lo que antes había dicho? ¿Que esta señora no era guapa? ¡Oh, es bastante guapa! De todos modos, no se la puede llamar fea. En torno a su nariz y a su boca hay ciertos rasgos gentiles. Me mira tan descaradamente, que comienzo a turbarme, confundiendo la sal con el azúcar. Parece ser que yo le he agradado. He de decir con toda sinceridad que esto no me sorprende. Tadavía hay hombres guapos sobre la tierra, y si hasta ahora yo no me he tenido por guapo, en lo sucesivo podré hacerlo sin temor, puesto que no es cosa que ocurra todos los días el que una dama aristocrática se rinda enamorada de un hombre a los tres minutos de verle. Y esta dama es una aristócrata; no hay más que fijarse en su elegancia. Y también es hermosa; hasta ahora no había visto lo hermosa que es. En torno a sus sienes y a las orejas hay algo positivamente hermoso. No cabe duda; es hermosa, muy hermosa, pues ahora ya me sonríe, dedicándome distintas sonrisas, como si quisiera ensayar cuál de esas sonrisas le sienta mejor. Me gustaría decirle que, para mí, cualquier sonrisa me agrada viniendo de una mujer tan maravillosa. Estoy muy satisfecho de no haberme puesto la alianza matrimonial. ¡Ah, qué prudente disposición ha sido la tomada al no ponérmela! Si llevase la alianza, la baronesa vería inmediatamente que, a pesar de mi juventud, soy un hombre casado, y entonces no se atrevería a mostrarse tan enamorada de mí como en este momento visiblemente lo hace; sus ojos brillan, mirándome con un aspecto cada vez más animado... "¡Oh, hada mía! — digo en mi interior. — Hada, ¡cómo te muestras superior a todos los prejuicios de la sociedad! ¡He aquí que, sin preocuparte de que seas una condesa, me distingues de tal modo con tus sentimientos, a mí, al plebeyo, que ni siquiera soy hijo de campesinos, y, sin embargo, eres maravillosamente hermosa, y hasta los mismos reyes caerían a gusto, rendidos, a tus pies!" Ahora yo soy el que come poco; aunque me maten no probaré el pan, para que este ángel vea con quién se las ha; las gentes distinguidas no suelen comer mucho pan, y yo también perderé la costumbre de comerlo para ser delgado y seductor toda mi vida, que se verá embellecida por tu amor, ¡oh electora palatina! (1), que me has elegido. Discretamente, en voz muy baja, ordeno al mozo ponga una botella de champaña sobre mi mesa. Nunca lo bebo; pero ¡qué diferencia entre un hombre que en una sencilla comida de vagón restaurante toma champaña y aquel que bebe agua mineral! La reina ni siquiera se entera del champaña, de tal modo me mira a mí, que es lo único que la interesa; parece no preocuparse de si soy rey o mendigo, tan fatal es la pasión que en su corazón he hecho nacer. La comida ha terminado y ella va a levantarse, a decirme algo; me hará una seña, se descubrirá. ¡Oh, qué maravillosa aventura!

La dama se levanta, me mira una vez más, de una manera todavía más intensa, y se marcha con rítmicos movimientos.

De repente el mozo comienza a limpiar con su servilleta algo que hay a mi espalda. Miro hacia allí... Un espejo.

Detrás de mí hay un espejo, el espejo del vagón restaurante. He estado sentado entre la mujer y el espejo. Mano a mano: la mujer y el espejo... ¡Oh, es inaudito el que las mujeres feas, y, sobre todo, las de clase baja, sean tan vanidosas!

---

(1) Título de la antigua Alemania.

Para evitar los catarros

Ahora que el invierno se aproxima, no están demás algunos consejos sobre el modo de evitar los catarros, toses y resfríos y su mejor tratamiento. Se recomienda abrigarse bien, no exponerse a la lluvia ni salir en noches frías y llevar como preventivo una caja de pastillas de tomillo erytroso, de grato sabor, y que son el mejor desinfectante de las vías respiratorias. Para los que ya están resfriados, aconsejamos el jarabe de tomillo erytroso, como lo más eficaz, rápido y agradable. Se puede tomar combinado con las pastillas, ya que éstas tienen la ventaja de poderse llevar y tomar en la calle, en el trabajo, etc. Todas las farmacias tienen existencias de jarabe y pastillas de tomillo erytroso.

Tómelas usted y dígales adiós al resfrío y a la tos.

Modo de evitar los granos

Ya todo el mundo sabe hoy día que los granos y demás afecciones cutáneas, eczemas, sarpullido, forúnculos, etc., son consecuencia de las impurezas de la sangre. Por eso no se curan con remedios exteriores, sino que su tratamiento debe consistir en una perfecta limpieza de la sangre, mediante el azufre termado, que goza de gran fama, por su agradable sabor, prontos efectos y por estar indicado para personas de cualquier edad. Se recomienda hacer en esta estación un tratamiento depurativo a todas las personas expuestas o que ya sufren de afecciones de la piel. Pídase para más datos, un folleto ilustrativo gratis a Callao 147, Buenos Aires.

Una libra esterlina de premio

Al dibujo que ofrezca el mejor desenlace para esta historieta.

Advertencia: Los dibujos deberán ser hechos a pluma, sobre papel blanco, del mismo tamaño o en proporción al cuadrado número 4. Si se quiere, puede dibujarse en el cuadrado en blanco. Pueden enviarse tantas soluciones como cupones se acompañen. No siendo necesario un dibujo perfecto, sólo se juzga la habilidad para hallar un inesperado final.

Los dibujos deberán enviarse a esta Redacción, dirigidos al señor director de "MUNDO ARGENTINO", calle Río de Janeiro, 262, Buenos Aires, concurso

¿Cómo terminará esto?

Los dibujos para el CONCURSO Nº 22 deberán ser enviados antes del 25 de abril de 1928, y el resultado se publicará en el número del 2 de mayo próximo. El autor del TRABAJO PREMIADO, una vez publicado el resultado, puede pasar a retirar **LA LIBRA** en la Administración de esta revista, y a los de provincias se les enviará a su domicilio.

¿CÓMO TERMINARA ESTO?



CONCURSO Nº 22

Nombre del remitente..

Domicilio ....

No han muerto; se fueron antes...

Por Amado Nervo

LLORAS a tus muertos con un desconsuelo tal, que no parece sino que tú eres eterno.

No han muerto; se fueron antes, dice bellamente el apólogo inglés. Tu impaciencia se agita como loba hambrienta, ansiosa de devorar enigmas.

Pues ¿no has de morir tú un poco después, y no has de saber por fuerza la clave de todos los problemas, y que acaso es de una diáfana y deslumbradora sencillez?

Se fueron antes... ¿A qué pretendes interrogarlos con insistencia nerviosa? Déjalos siquiera que sacudan el polvo del camino; déjalos siquiera que restañen en el regazo del Eterno las heridas de los pies andariegos; déjalos siquiera que apacienten sus ojos en los verdes prados de la paz...

El tren guarda. ¿Por qué no preparar tu equipaje? Esto sería más práctica y eficaz tarea.

El ver a tus muertos es de tal manera cercano e inevitable, que no debes alterar con la menor festinación las pocas horas de tu reposo.

Ellos, con un concepto cabal del tiempo, cuyas barreras traspusieron de un solo ímpetu, también te aguardan. *Sólo se fueron antes...*

EL MEDIO DE PROPAGANDA MÁS EXTENSO EN EL PAIS ES ANUNCIAR EN "MUNDO ARGENTINO"

Los inventores del movimiento continuo

(Continuación de la pág. 16)

visible. La máquina andaba, desplegando una fuerza de muchos caballos e infundiendo una casi sagrada admiración en los amigos influyentes que habían acompañado a Rochini para asistirle en su triunfo contra la eterna incredulidad de la ciencia oficial. El técnico se retiró cavilando, vencido. Al día siguiente conferenció con el jefe, y en las oficinas se difundió la noticia sensacional: la máquina del italiano se movía sola, de acuerdo con las explicaciones y los planos. Se volvió a leer, en el expediente, la relación científica de Rochini. Estaba llena de puntos obscuros, de términos ambiguos.

De pronto el técnico, en medio de aquel ambiente de desconcierto, y ante el problema gravísimo que creaba la necesidad de expedirse en la solicitud de Rochini, resolvió trasladarse nuevamente a Olivos.

— Si no descubro la supercheria renuncio mi puesto. Algo se me olvidó ayer... La mujer de Rochini...

Cuando llegó a casa del italiano encontró a todas las personas que habían condenado su escepticismo de la víspera y que hacían a Rochini toda clase de promesas.

Ante el pasmo general, ahora, el técnico se dirigió resueltamente, en señal de amenaza, hacia la mujer de Rochini, que, con su criatura en los brazos, se hallaba, como el día anterior, frente a la máquina maravillosa.

— Señora — dijo el técnico, — ayer estaba usted en este mismo sitio, y en dos horas no la he visto moverse de aquí.

La mujer simuló asustarse. Su marido acudió, con las manos temblorosas, y mirando a la concurrencia con alarma parecía suponer que el representante de la Oficina de Patentes había sufrido una perturbación de sus facultades mentales, pero el hombre invitó a la señora de Rochini, con forzada gentileza, a apartarse por un momento de su sitio favorito.

Tanto era el respeto que ahora merecía a todos el inventor, que uno de los señores influyentes exigió severamente al técnico que dejara en paz a la señora de Rochini.

El técnico, entonces, acaso intimidado, oprimido por aquel ambiente ciegamente favorable al gran inventor, pidió que se le escuchara.

—Considero probable — dijo tímidamente, — que esta máquina deja de funcionar si la señora cambia de sitio.

El señor influyente respondió con una risa sardónica. Pero la mujer de Rochini no pudo disimular su emoción ni se resolvía a acceder a la solicitud del funcionario. Y como los asistentes, para confundir del todo a éste, la invitaran a cambiar de lugar por un momento, ella sólo atinó a marcharse llorando y protestando. El ruido de los rodajes y de las poleas se acabó de golpe. El técnico señaló en el suelo un botón eléctrico, que, oprimido, ponía en movimiento un motor eléctrico subterráneo, cuyas conexiones con la maquinaria invisible realizaban el prodigio de resolver el problema del movimiento continuo.

Como este episodio, rigurosamente exacto, hay otros no menos notables en la crónica de nuestra oficina de patentes de invención. También hay casos de tragedia. Los inventores de verdad suelen verse despojados por gente no menos lista que Rochini. El escritor e ingeniero Lorenzo Dagnino Pastore hizo, recientemente, un invento notable. Pero antes de presentar su solicitud en la oficina, habló de ello en el Círculo de la Prensa y en otros lugares. Cuando, al fin, llevó sus descripciones y planos, el empleado le advirtió que un señor alemán, una hora antes, había presentado exactamente la misma cosa. Por diferencia de una hora había perdido la oportunidad de enriquecerse con la explotación de su legítima idea.

Para meditar

Llevad de tal manera vuestra alma, que la ofensa no pueda llegar hasta ella. — *Descartes.*

No hagáis a otro lo que no quisierais que se hiciese con vosotros. Sed justos y fieles en vuestras acciones diarias y en vuestras palabras de todos los momentos. — *Confucio.*

El origen de todo bien es el amor a la libertad, pero debe ir acompañado por el amor a las leyes. — *Mabli.*

El sacrificio del hermano

(Continuación de la pág. 5)

dre, decidió suplantarme.

—Y ¿cómo pudo Jacinto?... —insinué yo.

—Fingiendo una situación esplendorosa que le costó todas sus economías y ofuscando a aquella coqueta y falsa mujer con el espejuelo de una vida opulenta en la capital, fácil le fué decidirla, y como Jacinto le prometía un matrimonio inmediato, todos los escrúpulos, si alguno tenía, fueron fácilmente allanados, y se casaron.

Tanto mi hermana como yo no volvíamos de nuestro asombro ante tales revelaciones.

—Allí empezó mi abnegado hermano a sufrir el doloroso calvario que me estaba reservado. Todo cuanto pueda yo decirles es poco comparado con la realidad. Aquella mujer fatal no tardó en mostrarse tal cual era, corroborando ampliamente sus turbios antecedentes.

—Pero él podía luchar, podía rebelarse.., —exclamó nerviosamente Isabel.

—Jacinto lo intentó desde un principio, pero sus esfuerzos se estrellaron ante el temperamento vicioso y díscolo de su mujer. Entonces, desalentado y procurando que la noticia de su desventura no llegara hasta nuestra madre, se convirtió en un juguete pasivo de su miserable esposa. No hubo humillación de que aquella mujer no lo hiciera objeto. No sé cómo mi pobre hermano ha podido resistir serenamente todo cuanto después he sabido.

Se hizo en nosotros un momento de silencio, y después de una pausa, el doctor Solano continuó, como reprochándose a sí mismo:

—Si yo no me hubiera encastillado en mi ofendido amor propio y hubierase escuchado a quienes me advirtieron de la ruina moral en que mi hermano estaba convirtiéndose, tal vez hubiera sido posible salvarlo; pero yo, debo confesarlo, aunque ello me avergüence, me alegraba de su desventura, que estimaba como un castigo divino por su villana acción.

—Y ¿cómo se ha producido el trágico desenlace? —pregunté.

—La muerte de nuestra madre señaló a Jacinto el término de su martirio. Ya no tenía por qué continuar siendo el juguete servil de aquella mujer a quien jamás amó, y entonces decidió suicidarse. Ha sido necesario que mi hermano vertiera su sangre generosa para que yo alcanzara a comprender su abnegada acción.

Todos estábamos profundamente conmovidos. El doctor Solano se levantó de su asiento, diciendo:

—He aquí lo que me ha traído a esta casa a fin de rehabilitar en lo poco que desgraciadamente se puede, el recuerdo que en ella ha dejado mi pobre hermano.

Isabel se levantó de su asiento, y lanzándose en mis brazos, exclamó entre sollozos:

—¡Raúl! ¡Aún vive! ¡Quiero perdonarlo! ¡Sólo me ha amado a mí!

Vivamente impresionado por el relato que acabábamos de oír, yo también sentía necesidad de estrechar la mano de aquel ejemplar hermano.

Corrimos al hospital. Nuestra entrevista tuvo una silenciosa elocuencia. Mi hermana tomó entre sus manos la diestra del herido. Al cariñoso contacto, Jacinto abrió los ojos y murmuró un apagado "¡Gracias!", mientras dos lágrimas rodaban por sus febricientes mejillas.

—¡Sólo así podrá salvarse! —murmuró a mi oído el doctor Solano, mientras estrechaba mi mano con gratitud.

Federico W. Dickens, el "fabricante" de atletas argentinos

(Continuación de la pág. 11)

EL HIJO CRIOLLO

Entre sus recuerdos, Dickens tiene anécdotas, sin duda, interesantes. Y así pasan los minutos. Luego se entretiene en descolgar los cuadros que hay en su despacho, en general equipos representativos de algún deporte y de alguna época de su vida. Le agrada recordar a los muchachos por sus nombres, asociándolos al deporte que practican.

Y son una larga fila de nombres: Newbery, Quique, Thompson, Suárez, Rivas, Lagos y todos los muchachos que volverán a participar este año con sus mejores entusiasmos.

También una fotografía donde él está con el team de rugby que capitaneaba en 1913.

—Han pasado unos años... —dice, sonriendo, y con un poco de amargura.

En verdad, los años no han dejado huellas en su espíritu joven, de juventud de muchacho y de hombre.

—Pero... ¡si han pasado años!—vuelve a decir. —Figúrese que tengo cuatro hijos, el mayor de once años. También dos Juan Moreiras. Aquí son tres, pero hay otro que tiene recién meses, y se cría a mamadera...

Lo dice con gracia criolla, en un decir de porteño.

—El primer argentino nació cuando estaba en Río, por el centenario, y con los líos en que nos había metido la Confederación Brasileña de Deportes. Cuando recibí la noticia, conversaba con el doctor Cullen, hoy fallecido, y tuve oportunidad de leerle el cable.

"Éste decía, más o menos, así: "Nació hoy primer argentino Carlos Beltrán Dickens." El doctor Cullen se dió cuenta que las iniciales de aquel eran las mismas que las de la Confederación Brasileña de Deportes. Y ya en Buenos Aires, cuando veía al chiquillo, le decía siempre:

"—¡Ahí está la Confederación Brasileña!

"—Lo bueno —concluye míster Dickens —que el purrete era tan protestador, que lloraba apenas se le perdía el chupete. Por lo que es de pensar que el doctor Cullen ¡tenía muchísima razón en llamarlo así!...

Dentro de treinta años ninguna mujer amamantará a sus hijos

(Continuación de la pág. 13)

posible que sufra trastornos fundamentales para adaptarse a las nuevas prácticas. Y así como su aparato disgestivo se fortificará para defenderse contra los peligros de la alimentación artificial, también realizará cambios análogos en la dentición, quizá más prematura que ahora y más vigorosa.

En fin, no es del caso ponerse a pronosticar lo que sucederá en virtud de la evolución que ya estamos palpando, y tampoco me es posible aventurar críticas a lo que vendrá, pues, de todas maneras, es indiscutible que la humanidad sigue un camino que no es el que le trazan los hombres... Y, por consecuencia, es posible afirmar que esta evolución no es obra de la mujer exclusivamente, sino que hay en ella la mano del destino, la Naturaleza misma que es la que nos somete y nos conduce.

Entretanto, y como anticipo o ensayo del cambio que ya se prevé, se han podido apreciar sus resultados en algunas tribus aborígenes del África Central, donde las mujeres, obligadas a mantener a los hombres, no dan de mamar a sus hijos desde tiempo inmemorial, y adoptan, en cambio, una curiosa costumbre. Crían cabras u otros animales, y cuando nacen los niños, los confían a aquéllos, de cuya leche se alimentan, hasta que ya pueden ingerir otras comidas. Lo interesante es que, con este sistema, los niños no sólo se crían sanos y robustos, sino que hasta se ha acortado en ellos el período de la lactancia, que sólo les dura unos seis meses, por lo general, es decir, unos ocho o diez meses menos que en nuestros niños.

La vergüenza de la familia

Por Roberto Lacourrière

DON Fernando de Borbón, duque de Durcal, primo de S. M. el rey de España, y capacitado por su nobilísimo parentesco "a conservar cubierta la cabeza ante el mismo rey", es, según el periódico neoyorquino "Sunday American", de donde glosamos el presente artículo, la vergüenza de la familia, de la familia real, se entiende.

Recientemente estuvo preso durante tres meses. Los tribunales de París se vieron obligados a no creer en la noble palabra del duque, porque obraba en poder de los jueces la cuenta de un hotel donde este hidalgo, en compañía de otro, había pasado la noche, después de una opípara cena regada por generosos y abundantes vinos. El duque llevó su asunto a la corte de apelaciones. Se consideraba agraviado por haber sido sentenciado a causa de una modesta suma de dinero; modesta para un hombre de su categoría, acostumbrado a derrochar cuanto le caía a mano. En esa apelación está la parte más delicada de este embrollo. Porque los tribunales parisienses no le permitirán que reincida. Si reincidiera, la pena sería mucho mayor.



La condesa Loranda de Piccio



Don Luis Fernando de Borbón

Cuando el duque se vió en manos de la justicia, pidió ayuda a su primo el rey Alfonso. Se dice que S. M. se expresó de esta manera:

—Que no haga deudas, si no tiene con qué pagarlas.

—Se trata de una cuenta de restaurante —le explicaron.

—Que lave los platos para pagar lo que debe o que vaya a la cárcel —dicen que contestó Alfonso.

Y su primo, la vergüenza de la familia, fué a la cárcel.

A primera vista parecerá muy cruel la determinación del rey Alfonso. Si algunos de nosotros se entera de que un primo nuestro, algo calavera y algo descuidado con sus deudas, está en la cárcel por haberse olvidado de pagar una cuenta de restaurante, le daríamos una manita, en tal caso. Pero parece que el duque Fernando lo tiene ya harto a su real primo.



El conde de La Rochefoucauld y su esposa, que presenciaron la caída de don Fernando al agua

Fernando tiene la culpa. Si se decidiera a vivir una vida tranquila y seria, no le faltaría ni una habitación ni un cubierto en cualquiera de los muchos palacios de sus innumerables y poderosos parientes.

Pero a Fernando le gusta comer en los grandes restaurantes, tenga o no dinero, y su primo Alfonso piensa, muy cuerdamente, que si ello le gusta al duque, ¡que lo pague!

No se sabe cómo se las ha arreglado Fernando para vivir fastuosamente durante el verano pasado; pero sí se murmura que los dos millones de francos que ha gastado entonces, han dejado a varios prestamistas muy doloridos.

Últimamente se le veía en Deauville en compañía de dos mujeres maravillosamente bellas y elegantes. La señora de Jacques Porel y la condesa Loranda de Piccio. Esta última es hija de un multimillonario de Chicago y casada con el conde italiano de ese nombre. Poseía entonces el duque Fernando un espléndido automóvil. Su porte distinguido, acentuado por la imponente nariz borbónica; su parentesco con la real familia española; los amigos que lo rodeaban, aumentaban y afianzaban su crédito.

Pero su morosidad, su olvido, mejor dicho, en el pago de sus deudas, comenzó a sembrar la desconfianza entre las gentes. Mas, a pesar de que tales rumores habían llegado a los oídos de la condesa de Piccio, ésta continuaba estimándolo. Se decía, entonces, que si la condesa obtenía el divorcio que esperaba, y lograba que Mussolini le concediera el cuidado del hijo que había tenido en su unión con el conde de Piccio, se casaría con Fernando. Pero un pequeño incidente dió por tierra, o mejor dicho, por agua, con esos proyectos o ilusiones.

Madame Germaine Nerys, una de las mujeres más bellas de París, invitó a varios amigos a pasar una temporada a bordo de su yate "Balkis", en el Mediterráneo. Formaban parte de ese selecto núcleo el banquero neoyorquino Lawrence S. Mortimer, el conde Estanislao de la Rochefoucauld y su esposa, la condesa de Piccio y otras damas y caballeros bien conocidos en los círculos financieros, aristocráticos y artísticos.

Una noche la condesa de Piccio recordó a Fernando cierto billete de mil francos que, en una ocasión, le había dado para que le guardara.

—¿Recuerda usted, Fernando, esa noche en la ruleta de Monte Carlo? Yo estaba sufriendo las consecuencias de una buena racha: estaba ganando dinero a manos llenas. Tuve, entonces, la ocurrencia de prevenirme contra la mala suerte. La noche anterior, después de estar ganando doce mil francos, había salido sin un céntimo. Lo llamé a usted y le di un billete de mil francos, diciéndole: "Guárdeme usted este dinero, y no me lo dé aunque se lo pida de rodillas." ¿Se acuerda? Usted me repitió, sonriendo: "Aunque me lo pida de rodillas, no se lo daré." Varias veces he tratado de recordarle este episodio y de que me devuelva ese dinero; pero usted siempre me ha contestado con bromas y evasivas. Esta noche lo necesito. Dentro de poco se iniciará una mesa de "baccara", y quiero probar fortuna. ¿Tiene usted esos mil francos?

Fernando le contestó:

—Mi linda condesa. Usted los va a perder. Yo no podría dárselos para que los jugara.



Discutieron un breve rato. La condesa, que ya comenzaba a ver la verdad y el fundamento de esos rumores, le dijo:

—Le juro que no los jugaré. Démelos usted para guardarlos.

Fernando cambió de color. Menos mal que su palidez se confundía con la que la luna derramaba sobre su rostro.

—Lo cierto es, querida condesa, que esos mil francos... En fin: ¡no los tengo!

—¿Se los ha gastado usted?

Fernando movió la cabeza en señal afirmativa.

—Hace tiempo que dispuse de ellos. Las circunstancias... Usted comprenderá...

La condesa comprendió demasiado.

—Usted ha abusado de mi confianza. Usted es un...

Y se puso de pie, presa de una gran indignación.

Fernando, apoyado en la borda del barco, sonreía. La condesa avanzó hacia él, y tomándolo de las solapas del impecable smoking, le dió un empellón. Perdió don Fernando de Borbón y Durcal el equilibrio y cayó al mar. La condesa gritó pidiendo socorro. Acudió gente. El joven Estanislao de la Rochefoucauld se arrojó al mar. Fernando había ganado la escalerilla. Subió con su smoking y su reputación hecha una miseria.

Este incidente corrió por todos los círculos esa misma noche. Algunos de los invitados de madame Nerys bajaron a tierra con el pretexto de pasear por la

(Continúa en la pág. 33)

"Cotorrita", como todos los payasos, representa un papel serio en el circo de la vida

(Continuación de la pág. 15)

hermano mayor. Sin embargo, poco duró, para Vittone, el circo de sus padres, y un buen día se fué nuevamente a Buenos Aires, integrando la compañía de los hermanos Podestá, donde ya era primer actor Florencio Parravicini.

"Así fué cómo "Pipo", el querido e inolvidable "Pipo", se fué de mi lado, para ir en busca de otros escenarios, donde alegrar su corazón con la música de los aplausos. No todos han llegado a olvidarse de aquel pequeño circo, donde tuve el honor de iniciar a Vittone como artista, llegando a ocupar más tarde un puesto envidiable entre los buenos cómicos "argentinos", de nacionalidad uruguaya...

TEATRO PICARESCO

MIENTRAS Vittone cruzó el charco, yo me quedé en Montevideo, donde al poco tiempo pasé a actuar en el teatro "Royal". Allí permanecí ocho años consecutivos. Era director, autor y actor. ¡Todo lo hacía yo! Había formado una compañía de variedades, y al final de éstas, representaba una obrita corta, para la cual el público ocupaba en su totalidad la platea. Como las que hacía eran comedias picarescas, los más aristocráticos dejaban a sus esposas en un teatro que había enfrente, y ellos concurrían a mis funciones. Ocho años así de éxitos que se multiplicaban cada año. Mi género de teatro era el que más gustaba. Como gusta ahora, no sólo aquí, sino en la Argentina. Con la diferencia que ahora no dejan a sus esposas en el teatro de enfrente, sino que las llevan consigo...

¡ARRIBA EL TELÓN!

EL público, y es la primera vez que lo experimento, es demasiado impaciente. Se oyen desde el camarín el pataleo, los gritos y los silbidos.

—¡"Cotorrita"! ¡Que salga "Cotorrita"!

Éste, con los ojos, parece interrogarme si seré de su misma opinión. Y el gesto de él es como de quien dice:

—¡Que se vayan al diablo!

—De Buenos Aires —le pregunto rápidamente, —¿qué me puede decir?

—Puedo hablar únicamente de los años gloriosos del teatro nacional argentino. De Pablo Podestá. De Florencio Sánchez. ¡Y de otros tantos uruguayos!... ¡Recuerdos de aquellos que fueron y cuya memoria es honrada todavía por los que como yo, han tenido el honor de conocerlos y tratarlos, y vivir hermanado en sus propias miserias y en sus sueños millonarios! ¡Le podría contar la vida de todos ellos! ¡De un Florencio Sánchez, cuya obra aún no ha sido igualada en las letras rioplatenses y servirá de ejemplo a los autorzuelos de ahora, que no saben poner un poco de humanidad en las comedias, como aquel bohemio loco que hacía llorar a su propio corazón viviendo las tragedias de sus dramas monumentales!

"Cotorrita" calla, mientras afuera arreciaba el pataleo.

Una comiquilla, joven y bonita, la dama de la reducida compañía, viene a anunciar con gesto preocupado:

—Ramos, ¡es la hora de comenzar!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Que levanten el telón!

Y "Cotorrita", de un manotazo, se coloca un sombrero diminuto y me tiende al mismo tiempo la otra mano.

—¡Me voy! ¡Ya lo ve usted! Y así siempre, ¡toda la vida! Desde la platea verá cómo desaparece esta cara de enfermo. ¿Y es que puedo estar, acaso, enfermo para el público?

Y la verdad, instalado frente a la mesita correspondiente (consumición obligatoria) lo veo al veterano actor hacer lo humanamente posible para reír la farsa que interpreta.

El drama terrible de todos los artistas, que después de treinta o cuarenta años de actuar en el teatro, deben oír las palabras trágicas de la comedia del tiempo:

—¡Arriba el telón!

Una mirada a las costumbres de nuestros abuelos

(Continuación de la pág. 17)

servidumbre! El patrón o sus representantes podían mancillar al desheredado; ¿a quién recurría? O se hacía justicia por sus propias manos o agachaba la cabeza.

¿Qué pasaba mientras tanto en Buenos Aires, en las ciudades, en las villas, en las aldeas, — allí donde había un amo y un servidor? *Ab uno disce omnes.* ¿Se perdía, v. gr., en una casa una sortija, una cuchara, faltaba el pan o el zúcar, el vino, lo que se quiera? No se llamaba al comisario, ni al alcalde, ni a nadie que fuera autoridad o cosa parecida.

Aquí cabe declarar que la sociedad colonial había conocido y vivido siglos bajo el régimen que permitía hacer del indio y del negro importado de las costas de África una cosa, un esclavo. En las casas ricas, y aun en las que sólo lo eran relativamente, siempre había un negrito o negrita, un mulatito o mulatita, un chinito o chinita.

¿Qué sucedía? ¿Cómo se procedía?, insinuamos más arriba. ¿Se hacían las averiguaciones; recaían las sospechas sobre alguno o alguna de aquéllos? Pues no hay que hacer; se le azotaba..., hasta que confesara. ¡Y cuántas veces los azotes no arrancaban falsas confesiones (qué no hace confesar el dolor) y el culpable verdadero quedaba impune!

El alma de entonces no era distinta de la de ahora. Pero había un no sé qué de estoico, de severo en ella, siendo la regla de nuestros abuelos el versículo de la Biblia, "no le escasees al muchacho los azotes, que la vara con que le dieres no ha de matarle", o el proverbio español, "la letra con sangre entra". En las escuelas, las penitencias y reprensiones eran repugnantes o brutales: el cuarto de las pulgas o el sótano helado, como encierros; y como castigo el chicote para las nalgas o los tirones de orejas que reventaban; la palmeta para las manos, pegando en la punta de los dedos juntos y sobre la yema. Los juegos entre los niños eran como para ejercitar la resistencia de la sensibilidad; los juegos populares en el campo y en las ciudades ponían a prueba el cuerpo. En el famoso carnaval, a vejigazos y a huevazos (con huevos de gallina o pato, duros como piedras, cargados con agua podrida) se mataba a veces, acertando a pegar en las sienes, o se dejaba tuertos, haciendo saltar un ojo de su órbita. Hasta las mismas casas de nuestros antepasados eran frías. ¿Se amaba menos que ahora, de otro modo o más? Arduo problema que no habría preocupado mucho a Carlyle, — discutiendo, por ejemplo, con el que pensaba que el amor es necesario en este mundo, pero que siempre habrá bastante; pues aquél ha escrito con su modo áspero: "En verdad que todo el asunto del amor es una tan miserable futileza, que en una época heroica nadie se tomaría el trabajo de pensar en ello y mucho menos de abrir la boca sobre el particular. Pero quizá no estemos en una época heroica".

Las costumbres no matan la sensibilidad; ella vive como un perfume herméticamente encerrado en un ánfora; pero la atrofian.

En los tiempos contemporáneos (alrededores de 1880) hemos visto cumplirse esta orden en los cuarteles: "¡que se les apliquen dos mil palos!"

¿A quiénes?

A unos gauchos destinados al servicio de las armas.

¿Por qué delito?

No bastaba ya el haberlos arrebatado violenta y arbitrariamente de sus hogares, abandonando hasta la esperanza, porque Dios solo podía saber si al seno de su pobre rancho volverían; era aún menester humillarlos martirizándolos.

¿En nombre de qué?

Es infamante decirlo; en nombre de este estribillo abominable: "para que tomen amor al servicio".

Y los que esas órdenes daban y los que las cumplían (¡cómo no cumplirlas!) eran excelentes hombres, sanos de corazón, bondadosos, indulgentes, buenos padres, buenos hijos, buenos hermanos, buenos amigos, con la mano siempre abierta cuando algún necesitado — de cualquier jerarquía que fuera, oficial o individuo de tropa, — iba a pedirles "cuatro reales" hasta para sus vicios.

Los legisladores de antaño y ogaño, en vez de lanzarse en lo abstracto, antes de tiempo y con tanta precipitación, preparando las catástrofes, hubieran más bien debido aplicarse a corregir males reales, de orden sociológico, y no apurarse tanto en fulminar anatemas contra los que, al fin y al cabo, fueren cuales fueren sus debilidades, predicaban una moral.

Todos los evangelios son buenos; pero hay uno mejor que todos: el del ejemplo, y el que daban las autoridades laicas en las campañas no era como para infiltrar en el corazón de las masas, que el bien y que la luz van del centro a la periferia, de las ciudades a las campañas, donde no hay más distracciones que el trabajo y un sueño reparador, y que los ricos que duermen en lechos de pluma, que comen a manteles y arrastran coche, no son sus enemigos naturales.

La vergüenza de la familia

(Continuación de la pág. 31)

playa, pero, en verdad, con el propósito de contar esta sabrosísima anécdota a los amigos que estaban en el Casino. Al día siguiente la conocía todo París, a los dos días toda Francia, o, por lo menos, toda la gente interesada en chismes sociales.

Los acreedores asediaron de tal manera a don Fernando, que éste, en compañía de otro noble español, un tal don Jaime de Oricain salieron precipitadamente en dirección a París. En el viaje dejaron un reguero de deudas y protestas, de parte de los hoteleros que tuvieron el alto honor de hospedarlos.

Pero al llegar cerca de Fontainebleu se instalaron en un hotel, en el mejor departamento. Comieron y bebieron como correspondía a dos gentileshombres; pero cuando llegó el momento de pagar, quiso don Fernando hacer valer su título, su parentesco y su apariencia.

No contaba nuestro héroe con la organización que en tales casos ponen en funcionamiento los hoteleros franceses. Los dueños del hotel donde ahora se encontraban, habían recibido una advertencia telefónica de los de los otros hoteles en los cuales habían estado los dos amigos.

— Ya sabemos de qué clase de pájaros se trata — les dijo el hotelero. — Pagan o van a la comisaría.

— Hable usted al consulado de España; allí le informarán respecto a mi persona — dijo don Fernando.

— Ya lo hemos hecho, señor — contestó el dueño del hotel. — Si no cree, hable usted mismo y le dirán que no se responsabilizan de los disparates que usted haga, y, lo que es peor, que no pagarán sus cuentas.

Y así fué cómo este noble caballero, emparentado estrechamente con el mismo rey Alfonso, fué a parar a la prisión.

Apeló la sentencia de los jueces, que lo condenaban a tres meses. Pero resulta, irónicamente, que cuando los tribunales decidieron suspender la sentencia, ya habían transcurrido esos tres meses.

De manera que si don Fernando insiste en practicar esa clase de bromitas y repite la que hemos referido, se verá en un aprieto mucho más serio.

Tanto entre los ricos como entre los pobres, no falta algún "buey corneta" que sea "la vergüenza de la familia".

¿Por qué empleamos palabras cuando pensamos?

Se puede pensar sin emplear palabras para hacerlo, cuando se trata de pensamientos muy simples, y posiblemente algunos animales pueden también hacerlo, y lo hacen a menudo. Ellos piensan sin figurar su pensamiento con palabras como lo pueden hacer los hombres, pero en realidad la mayoría de nuestros pensamientos se traducen en palabras.

A propósito de esto es bueno recordar que las palabras son excelentes servidoras, pero muy malos maestros. Mucha gente se deja, en efecto, dominar por la palabrería en vez de emplear a éstas como simples instrumentos que permiten al cerebro pensar.

Gazapos literarios

Quien tiene boca se equivoca", dice un antiguo refrán español, y por extensión puede asegurarse que quien maneja a diario la pluma incurre a veces en graves errores y escribe no pocos disparates. Desde Homero, que, como es sabido, dormitaba de cuando en cuando, hasta el último gacetillero de nuestro tiempo, cuantos han "pulsado o pulsan la péñola" han estampado o estampan verdaderas enormidades.

No hace mucho, un escritor francés, en una de las revistas más populares de Europa, presentaba una colección de "gazapos" encontrados o "cazados" en las obras de ilustres escritores.

Véase una muestra de tan curioso trabajo:

Entre las figuras de retórica más peligrosas, desde el punto de vista del disparate, debe citarse la "metáfora". El sentido figurado de las palabras llega a destruir su sentido propio, lo cual nos ha proporcionado frases verdaderamente maravillosas, como ésta, ya legendaria, que Enrique Monnier puso en boca de su héroe, José Prudhomme: "El carro del Estado navega por el cráter de un volcán."

No son tan disparatados como la anterior metáfora, pero también huelen al aceite, los siguientes versos de Quintana:

"Suba, y España mande a sus leones
"volar" rugiendo al alto Pirineo."

Estos leones que vuelan traen a la memoria aquella observación tan original de cierto folletinista: "Tenía la mano fría y viscosa como la de una serpiente."

Paul de Saint-Victor, tan cuidadoso de su estilo, escribió en uno de sus libros: "Ezequiel, que tiene por pupitre un robusto niño inclinado como una cariátide, transcribe y comenta un versículo sagrado. Lee con un ojo y escribe con el otro."

Castelar habló en cierta ocasión del "aliento de un cadáver", y en otra, de la "isla" de Escocia.

Francisco Sarcey, el célebre crítico de teatros, dijo en una de sus revistas: "En la voz de la señorita Ugalde se encuentra la mano de su madre." Esto, con ser algo atrevido, no lo es tanto como el dividir un ejército en "tres mitades", cosa que, bajo la fe de Ibo Alfaro, hizo no sé qué caudillo español.

La ilusión del veterano

(Continuación de la pág. 21)

tan hermosa fe patriótica, que escuchándole nos emocionábamos a nuestro pesar.

" Durante ese tiempo, el asedio seguía avanzando sin cesar, pero no el de Berlín, desde luego. Era el tiempo de los grandes fríos, del bombardeo, de las epidemias, del hambre. Pero gracias a nuestros cuidados, a nuestros esfuerzos, a la infatigable ternura que se multiplicaba alrededor de él, la serenidad del anciano no fué turbada un solo momento. Hasta lo último yo pude proporcionarle pan blanco y carne fresca. Sólo había para él, ya lo comprenderá usted, y no puede imaginarse nada más emocionante que aquellos almuerzos del abuelo, tan inocentemente egoístas: el viejo, sentado sobre la cama, fresco y sonriente, la servilleta en la barba, y cerca de él su nieta, un poco pálida por las privaciones, guiando sus manos, haciéndole beber, ayudándole a comer todos aquellos buenos manjares prohibidos. Entonces, animado por la comida, en el bienestar de su alcoba tibia, mientras fuera soplaba el cierzo, con aquella nieve que se arremolinaba en sus balcones, el antiguo coracero recordaba sus campañas en el Norte y nos refería por centésima vez aquella siniestra retirada de Rusia, donde no había otra cosa que comer más que bizcocho helado y carne de caballo.

" — ¿Qué te parece, chiquita? — repetía. — ¡Comíamos caballo! ¿Comprendes?

" Una tarde, al presentarme en la casa, se dirigió a mí la joven toda turbada, y me dijo:

" ¡Mañana entran!

" ¿Estaba abierta la habitación del abuelo? El hecho es que después, pensando en ello, puedo recordar que aquella noche tenía una fisonomía extraordinaria. Probablemente nos había oído. Solamente que nosotros hablábamos de los prusianos y el buen hombre pensaba en los franceses, en aquella entrada triunfal, tanto tiempo esperada por él.

" ¡Pobre señor! Se había figurado, sin duda, que querían impedir que presenciara el desfile de nuestras tropas para evitarle una violenta emoción. También se guardó él mucho de consultar con nadie sus propósitos; pero al día siguiente, a la hora misma en que los batallones prusianos se aventuraban, penetraban tímidamente en la amplia vía que conduce desde la puerta Maillot a las Tullerías; las hojas del balcón aquel de allá arriba se abrieron suavemente y apareció el coronel, con su casco, su descomunal sable y todo su viejo ropaje glorioso de coracero de Milhaud. Todavía me sigo preguntando qué esfuerzo de voluntad, qué sobresalto vital le había hecho así levantarse y ataviarse de tal guisa. Lo cierto era que estaba allí, de pie, apoyado en la barandilla, extrañándose de hallar las avenidas tan amplias, tan solitarias y mudas, echadas las persianas de las cerradas casas, París siniestro como un gran lazareto, por todas partes banderas, pero muy singulares, blancas completamente, con cruces rojas, y ni una sola persona para poder ir a la vanguardia de nuestros soldados.

" Por un momento creyó que se había equivocado.

" ¡Pero no! Allá abajo, detrás del Arco de Triunfo, se advertía un rumor confuso, una línea negra que avanzaba en el naciente día... ¡Luego, poco a poco, las agujas de los cascos brillaron, los pequeños tambores de Jena se pusieron a batir marcha, y bajo el Arco de la Estrella, ritmada por el pesado paso de las secciones, por el choque de los sables, estalló la marcha triunfal de Schubert!

" Entonces, en el silencio monacal de la plaza, se dejó oír un grito, un grito terrible: "¡A las armas..., a las armas..., los prusianos!"

" Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron ver allá arriba, en el balcón, a un corpulento anciano vacilar agitando los brazos y caer rígido. ¡Aquella vez sí que había muerto el coronel Jouve!"





UNA FANTASÍA DE BATACLÁN CAMPESTRE. Algunas de nuestras intérpretes de revista recordando, a su manera, la tradición criolla, hasta con mate y chiripá

Foto Mundo Argentino (C)

FAY MARBE, bonita actriz británica que goza de prestigio en los escenarios europeos



TITA MERELLO obtiene muchos aplausos cantando el tango "Rajá del Barrio", de la revista "Las Horas Alegres"

Foto Mundo Argentino (P)



CUADRO DE PRESENTACIÓN DE "EL TELAR MARAVILLOSO", revista estrenada con gran éxito en el teatro Sarmiento

Foto Mundo Argentino (C)

Una de las variedades BAGLEY más preferidas de las familias

DELICIOSO encanto el del **Surtido Visitas Bagley.** Tentadores bocados rellenos con crema de vainilla, chocolate y dulce de fruta, galletitas quebradizas dulces y otras poco endulzadas, ricas obleas con crema de vainilla; exquisita selección de las mejores marcas Bágley especialmente elegidas para todos los gustos.

El **Surtido Visitas Bagley** reempleza con ventaja a las masas. Sus ricos bocados son más finos y se mantienen más tiempo frescos en su bonito y elegante envase. Las señoras se lucen sirviéndolo como postre o con el te a las visitas.





MERMELADA de DAMASCO
marca "GIRASOL"
elaborada por BAGLEY

Garantizamos su esmerada elaboración con fruta pura y azúcar de primera.



GALLETITAS BAGLEY

SURTIDO VISITAS

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.